

LA PÁGINA DESAFORTUNADA DEL QUIJOTE

Valentín Sánchez Casajuana

I

Es con la que concluye la Primera parte de la magistral novela. Parece como muy de última hora, muy apresurado, muy mal tramado, el andamiaje que Cervantes monta en ella.

Realmente el capítulo LII de la Primera parte, fin hasta entonces de la historia, termina con las pláticas entre Sancho y su mujer (aquí Juana Panza), en tanto que ama y sobrina reciben y acuestan a Don Quijote; el cura se encarga de contarles lo que ha sido menester para traerlo a casa y ello las alborota, renuevan sus maldiciones a los libros de caballerías y piden al cielo confunda a sus autores.

Parece lo lógico que aquí hubiera terminado esa parte de la novela; pero no. Viene lo que yo creo que es un añadido posterior. Unido con un sospechoso «finalmente», se dice: «ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviere alguna mejoría». Tanto ese «finalmente» como el «ellas» y lo que sigue están de más, declaran el añadido, así como el temor que se dice manifestaron y que se remata gratuitamente con «y si fue como ellas se lo imaginaron».

Y de seguida el añadido remata en pegote. Se nos habla de la «tercera salida». Y para contárnosla y olvidándose de Cide Hamete y los cartapacios que contenían toda la historia (cap. IX) y cuya traducción le había costado dos arrobas de pasas, dos fanegas de trigo y el hospedaje en su casa durante más de mes y medio del morisco aljamiado que la llevó a cabo, el autor, —Cervantes—, se pone a «buscar» los hechos de Don Quijote que ya debía conocer. (Se ha escrito mucho sobre el autor teórico de la obra: unas veces habla en primera persona («de cuyo nombre no quiero acordarme»); otras son «los autores que deste caso escriben» (cap. I),

las memorias, archivos e ingenios de la Mancha; y otras es Cide Hamete. Salta de unos a otros moviéndonos a confusión y dando la impresión de una cierta desorientación aunque el hilo del relato se mantiene). Así, pues, decía, se olvida de Cide Hamete y nos confiesa «no haber podido hallar noticia de ellas». Pero ¿quienes son ellas? Nos acaba de hablar de hechos, masculino, con lo que no hay concordancia. ¿Ha de suponer el lector que son memorias?

Y se refiere a esa noticia no hallada «a lo menos por escrituras auténticas» como fuente fiable. No encuentra, pues, documento fidedigno.

«Sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que...». Entendemos lo que quiere decir, pero ¿lo expresa correctamente? Cuando en otras ocasiones se refiere a las memorias, son éstas las que nos dan noticia, no la fama. ¿Quién es aquí, en lo que dice, el sujeto, la fama? Parece que debieran ser las memorias las que han guardado la fama, máxime al ser contrapuestas a las escrituras auténticas. Tal vez lo correcto sería «la fama sólo ha quedado en...» o «sólo las memorias de la Mancha han guardado la fama de que...». ¿Prisas de D. Miguel, ligereza? Y nos queda así: «sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que...». Resulta claro. La fama que normalmente es guardada, aquí guarda. Tal vez sea una quisquillosidad mía: Cervantes era muy dueño de expresarse como le parece y a bien tenga.

Y en esas memorias se guarda que la tercera vez que Don Quijote salió fue a unas justas a Zaragoza y allí le pasaron cosas. Como luego Avellaneda lo llevó allí, Cervantes nos dirá: «...respondió Don Quijote: no pondré los pies en Zaragoza y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice» (Segunda, LIX), lo cual está muy bien, pero deja el crédito de las memorias de la Mancha por los suelos: Cervantes, que ha fiado en ellas, es, precisamente, quien después las desautoriza. ¿Qué credibilidad le queda a las memorias manchegas? Memorias que están a merced de la voluntad de Cervantes, su anterior valedor, que hace y deshace con ellas sin embargo.

Esas memorias, o las noticias que de ellas ha extraído D. Miguel, si fueron válidas: Avellaneda se aprovechó de ellas, con lo que no sólo resultaron inútiles para Cervantes sino usadas en su contra y por éstas mostradas como falsas y fácilmente manipulables y desautorizadas.

Del «fin y acabamiento» de Don Quijote no pudo el autor «alcanzar cosa alguna»: las memorias de la Mancha no llegaron a ello. Pero, ¿a qué viene aquí interesarse por el fin y acabamiento de Don Quijote? Primero fin y acabamiento son la misma cosa: inútil duplicación, pues. Y segundo, ¿a qué interesarse, ahora, por el final del héroe, cuando debe estar aun remoto dado que se nos va a anunciar la continuación de la historia con su tercera salida? Y así como la historia de Cide Hamete lo vino como de molde para conocer el final de la pelea de Don Quijote con el vizcaíno⁽¹⁾ ahora «la buena suerte» le depara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo.

Este médico, a pesar de ser antiguo, aún vivía («tenía en su poder» y «según dijo») y conocía el contenido de la caja. La caja debía ser de tiempos lejanos puesto que «se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba». La tal ermita estaría ya tan vieja que se reconstruía desde los cimientos en los que apareció el hallazgo. El antiguo médico, no sabemos a título de qué, se posesionó de la caja: ¿la había comprado, se la habían dado, fue él quien se la topó?, ¿no parece que debiera ser la iglesia quien la tuviera, puesto que en su propiedad se encontró?, ¿fue el cura local quien se la dio?, ¿qué hacía una caja con el contenido profano que encerraba en lugar sagrado? (Ya en alguna otra historia caballeresca se relata algo parecido: en una tumba de piedra bajo tierra en una ermita, -Sergas de García Ordóñez de Montalvo).

¹ Con Cide Hamete tiene el autor que nos relata la traducción que hizo el morisco aljamiado, ciertamente, alguna reticencia («haber sido su autor árabe, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos», IX, aunque luego nos dirá, XVI, ser Cide Hamete «historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas» y que era manchego (XXII) y acabará dejando en sus manos la batuta en la Segunda parte. Es notable que, sin embargo, del morisco traductor no tenga ninguna duda («traductor, tradidor, que se diría»).

Y resulta que a pesar de tanta antigüedad, el contenido de la caja no era de tan lejanos tiempos. Se hablaba en un pergamino de la muerte de Don Quijote y en la librería de éste sabemos (cap. VI) de la existencia de algún libro muy reciente («Cancionero» de López Maldonado, 1586; la «Galatea», 1585; la Araucana, la Austriada, el Monserrato, «Las lágrimas de Angélica», etc. de pocos años antes de la aparición del Quijote) y no se diga de la conocida posterior carta de Sancho a su mujer, Teresa Panza, que es de 1614. Si Don Quijote y Sancho aún viven en 1614, ¿qué credibilidad pueden tener los pergaminos de la plúmbea caja, con epitafios a los muertos? ¿De dónde, pues, la antigüedad y qué pinta aquí?

La caja contenía pergaminos. Pero los versos figuraban todos en uno solo («el» pergamino que se halló en la caja y «cuyas palabras primeras eran estas...») y siguen los seis versos). Los otros documentos, cuyas letras ya estaban carcomidas, se dieron para que por conjeturas un académico los declarase: «los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor de esta nueva historia».

Los académicos, autores de los versos que se pudieron leer del pergamino, debían ya haber muerto tiempo hacía, dado el sitio en que se hallaron y el estado en que se encontraron los otros. Pero «los demás» se entregaron a un académico, actual, es de suponer que de otra generación posterior dada la ignorancia que sobre ellos tenía. ¿Cuántos años llevaba existiendo la academia?

De este último académico, «se tiene noticia que lo ha hecho» (declararlos). Declararlos, ¿a quién? ¿Fue sólo descifrarlos? «Muchas vigilias y mucho trabajo» le costó, lo que nos muestra el estado en que se encontraban. «Y tiene intención de sacarlos a luz, con la esperanza de la tercera salida de Don Quijote». ¿Cumplió su intención, los sacó a la luz? La tercera salida de Don Quijote se realizó y nada se nos dice de que fueran fuente documental que sirviera para algo. Nada de cuanto se nos relatará más tarde (Segunda parte) se nos dice basado en ellos. ¿Y para esto tanto ruido?

El galimatías y desorden que Cervantes manifiesta en este suceso son verdaderamente horriblos.

¿Qué sentido puede tener todo este asunto de la inefable caja de plomo? Quizá una referencia, un alarde innecesario de sapiencia alusivo a los plomos del Sacro Monte de tan reciente actualidad. ¿O la sola presentación de una ridícula academia?

No se nos dice que el hallazgo fuera hecho en la Argamasilla. ¿Dónde estaba la ermita que se renovaba? No necesariamente en la Argamasilla, ni siquiera que el antiguo médico fuera de tal lugar.

¿Qué tipo de academia era aquella? Es de suponer que sólo literaria: lo único que se nos da a conocer de ella son seis espantosos versos y los nombres de sus seis autores.

Y por si el embrollo no fuera bastante se remata la página con el verso, en italiano, del Orlando furioso «quizá otro cantará con mejor plectro», como invitando a alguien a que lo hiciera. Curiosamente Avellanoda, que lo hizo, se despide de igual manera.

Pero sigamos con los despropósitos. Estoy hablando desde el punto de vista del lector; tal vez Cervantes llevaba otra intención, aparte de que era muy dueño de escribir lo que y como quisiera (como el lector es de juzgarlo).

¿Por qué los escribió? Parece indudable que lo hizo con prisas, atropelladamente, sin mucha reflexión dado que la lógica brilla por su ausencia.

De momento se observan dos intenciones derivadas expresamente de sus palabras:

1. Presentarnos la academia, su ubicación, unos fingidos poetas y seis versos.
2. El anuncio de la continuación de la historia.

¿Merecían estas dos cosas una puesta en escena tan mediocre como la que lleva a cabo?

La academia

Eran las academias unas reuniones de poetas de muy diversa talla literaria, generalmente en torno a uno que sobresalía con lo que venían a

resultar más una camarilla que otra cosa. A las academias, como tales, no se les debe gran cosa; quienes las integraban se agrupaban para el comentario entre ellos, se criticaba a los pertenecientes a otras, se hablaba de cualquier obra aparecida, se comunicaban sus proyectos, se leía lo que traían entre manos para lucir sus dotes, pedir consejo o mostrar su partidismo y devoción, dejándose entre ellos los manuscritos antes de ser impresos, etc. Naturalmente como en cualquier otra asociación había en ellas quienes realmente valían, quienes creaban obra, y otros de menor altura pero no por ello menos integrados: correveidiles, zascandiles, lamoculos, ejecutores prácticos, etc. En todas ellas brillaba una figura que aglutinaba el conjunto, venían en muchas ocasiones a ser asociaciones de bombos mutuos y el servilismo al jefe era manifiesto. Proliferaban (Madrid y otros sitios). Cervantes, al parecer, dejó de estar en ellas y luego no pertenecería a las mismas bien de motu proprio, bien porque no fuera admitido. De cualquier forma su inquina a las mismas existía. Sus relaciones con el «monstruo de la naturaleza», Lope, (título que el propio Cervantes le había asignado), no son muy cordiales. Lope, en la época, siempre está muy por encima de Cervantes. Éste parece vagar por el ambiente literario como excluido o independiente. Su vida, en lo que conocemos, es una acumulación de desgracias y tal vez en él anidara el resentimiento.

Lanza su Quijote y le parece oportuno un ataque a las academias o al círculo de Lope en concreto y se inventa una en «la Argamasilla», ridícula y caricaturesca. No sabe bien dónde incluirla y lo hace al final, tras la terminación de su obra, como un añadido posterior. Pone sus versos, métricamente aceptables, pero estrafalarios y en ellos arremete no contra alguien sino contra sus propias criaturas y atribuye su autoría a unos fingidos poetas. Con ello cierra con versos lo que con versos empezó y debe creerse satisfecho de su invento y ufano por su taimado desahogo. El escenario que monta para ello, como va dicho, tal vez no sea el más indicado y la escena es, desde luego, deplorable. Ya he dicho que es un pegote. Los versos tal vez los tuviera escritos con anterioridad. Los podía

haber colocado sin más, como hace con los diez del comienzo, pero no: aquí los ambienta en una circunstancia especial que se inventa. Hace un batiburrillo en el que mezcla los plomos del Sacro Monte granadino, la Argamasilla, la academia y sus académicos, la próxima tercera salida de Don Quijote con su previsto itinerario, las memorias de la Mancha, la invitación a que otro continúe la historia... en fin, un desbarajuste total. Todo ello, salvo los versos, comprimido en un pequeño espacio con poco sentido. Tal vez a Cervantes debió parecerle buena la ocurrencia que daba salida a sus versos, atacaba a sus rivales y anunciaba su Segunda parte, todo de una tacada. Pero, esa apresurada ocurrencia debía, en mi opinión, haber sido más elaborada, desarrollada con mayor rigor y cuidado y sin destruirse un tanto el final, por el momento, de la historia con ese pegote cuando el lector ha quedado complacido con el relato de la vuelta a casa del héroe y su escudero, magistralmente expuesto todo.

La Argamasilla

Ya es un lio esto de la Argamasilla. En la Mancha había, en la época, dos. La actual de Calatrava, existente entonces como simplemente Argamasilla desde finales del siglo XIII (Encomienda de Argamasilla), incorporada más tarde sin perder su nombre a la Encomienda de la Obrería y citada como tal, Argamasilla a secas, en todos los documentos referentes a ella.

La de Alba, presente a la publicación del Quijote, muehísimo más reciente en su ubicación y nombre. Había tenido distintos asentamientos por culpa de despoblamientos causados por enfermedades y diversos nombres (la Moraleja, Santa María de Alba, Lugar Nuevo).

Sin duda Cervantes conocía las dos: la primera por su proximidad al Camino Real de la Plata, que unía Madrid con Sevilla, tan frecuentado por él en sus desplazamientos como recaudador; la segunda por su proximidad al Campo de Montiel y su cercanía a otros pueblos que se citan en la novela.

¿Por qué D. Miguel no especifica de cuál de las dos se trata? Yo me atrevo, —tal vez no sea más que una osadía—, a sugerir una hipótesis. A Cervantes le importaba poco el pueblo, fuera una u otra. Lo que realmente le interesaba era la academia y los versos y en algún sitio tenía que colocar aquella. Cualquier otro lugar de la Mancha habría podido valer. ¿Una academia en Argamasilla, fuese la que fuese? La ridiculez es mayúscula, dentro del propósito burlón de Cervantes. Pero es que, aparte de la insignificancia del lugar, Argamasilla presentaba otras circunstancias de inapreciable valor.

- El diminutivo que por sí era poco lo adorna en su menoscprecio con el «la» delante privándola del posible empaque que como entidad poblacional pudiera tener. (Si era sólo por los comarcianos llamada la Argamasilla, cosa que oficialmente no ocurría, todavía su minusvalía se acrecentaba).
- Al ser dos las existentes, y no especificar de cuál de ellas se trata, la duda que surgía abonaba sus propósitos burlescos despistadores.
- Argamasilla es el diminutivo de argamasa y la argamasa es indicativa de dureza («... pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa», cap. XI; (*) y cosa ordinaria, deleznable (lo de menos, lo vulgar, lo común, es la argamasa, el mortero con que se acoplan y en que se asientan los elementos nobles: mármol, piedra, madera).

Tal vez al convenir estas coincidentes características al propósito de Cervantes, D. Miguel aprovechara la circunstancia. Para él lo de menos era el tal pueblo, simple topónimo, pero cuyo nombre tan pintiparado lo venía. (Sobre Argamasilla diré más al hablar de Avellaneda).

¿Por qué, cabe preguntarse, Cervantes cita tan repetidamente, y en esa única ocasión, el nombre de Argamasilla que no vuelve a aparecer más en toda la obra? ¿Podría tener algún sentido, alguna oculta intención, aparte de la hipotética citada? La repetición, el sustituto de cada

uno de los poetas, a quienes debiera cobijar la alusión de su global presentación en común, es ciertamente chocante.

¿Era sólo regodeo en la burla de Cervantes que remarcaba la pertenencia a tan ridícula academia? Es lo más probable y ello se acrecienta si consideramos que al restante de los seis lo llama «académico argamasillense» con lo que el matiz despectivo se incrementa.

¿Qué otras interpretaciones cabría sospechar de la repetición de «académicos de la Argamasilla» aparte de la significación burlesca de unos individuos que a tal entidad pertenecían? ¿Quizá aprovechar las ocasiones que se presentan para citar, intencionadamente, la Argamasilla? ¿Puede pareceros que se recrea en ello? Y si así fuera, ¿con qué intención?

¿Es que sentía, a pesar de todo, alguna nostalgia de ese pueblo y cita su nombre al final (hasta entonces) de la novela como tributo de agradecimiento?

¿Es por el contrario, su animadversión, por antipatía o malos recuerdos, lo que lleva a Cervantes a su alusión, al cerrar la obra, con ánimo sutil de escarnecer el tal lugar aún más?

Lugar de la Mancha

Ninguna de las dos Argamasillas era lugar: ambas eran villas². Quizá Cervantes, en la ocasión, no se para en esa consideración y utiliza el término lugar queriendo significar simplemente sitio; aunque robar la villa a lugar, voluntariamente, tampoco vendría mal a sus intereses antes sugeridos.

Algunos han querido identificar este «lugar de la Mancha» con el lugar de cuyo nombre Cervantes no quería acordarse. Y si no quería acordarse, —propósito que mantiene a lo largo de toda la novela—, ¿cómo aquí si se iba a acordar y repitiendo el nombre nada menos que seis veces y media?

(*) «... ¡qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasilla!» (2^a, LVIII).

² La de Alba no lo fue hasta 1612, dicen. No; yo lo era mucho antes.

También algunos han querido relacionar este «lugar» con Lugar Nuevo, nombre que antes que el de Argamasilla tuvo la de Alba. Tampoco es admisible tal hipótesis: o era Lugar o era Argamasilla.

Los académicos y sus versos

De lo que nos cuenta Cervantes se deduce que la academia de la Argamasilla era antigua. El sitio y el modo en que estaban ocultos los pergaminos así lo indica. ¿Eran sólo seis? Seis son los autores de los versos que conocemos pero eso no indica que fueran éstos los únicos. Sin embargo en tiempos actuales había otros: al menos uno, el que se encargó de descifrarlos. ¿Y quién se lo encomendó («se le entregaron»), el relator que supo del hallazgo, el médico que poseía la caja? Parece que tanto tiempo después de los primeros que conocemos por sus nombres, la academia seguía: el descifrador cuyo nombre no se nos dice era también académico. El lector ocha su imaginación a volar y se lo presume como tal vez jubilado de la institución quizá desaparecida; si la tal academia seguía en activo, ¿por qué se encargó a uno sin que el resto de los colegiados participaran?, ¿es que estaba sobresalientemente dotado o era especialista? Lo curioso es que una vez que lo había logrado («a costa de muchas vigiliat y mucho trabajo»), «tiene intención de sacarlos a luz»: parece que a título personal, es él quien los va a sacar a luz; ¿qué pintaba, pues, la academia?, ¿intervenia ésta como tal? Poco debía representar ésta así como quien hizo el encargo (¿el antiguo médico tal vez?). Puesto que tanto trabajo y vigiliat le costó, el académico debió decidirse por apropiarse la traducción. Sin embargo se nos dice de su intención, «con esperanza de la tercera salida de Don Quijote»; ¿qué relación guardaba con el autor de la continuación de la historia?, ¿era sólo custodio de tal «archivo» manchego? Como se ve todo es confusión y lo peor del caso es que el aprovechamiento práctico de tal archivo fue nulo. Cuando el autor de la novela a quien la buena suerte le había deparado el antiguo médico poseedor de la plúmbea caja reanude la historia con la tercera salida del héroe (Segunda, I) no volverá a acordarse de la

tal caja ni su contenido será fuente en que documentarse; la historia de esa postrer salida, —otra vez el jugueteo de Cervantes—, empieza así: «Cuenta Cide Hamete Benengeli en la Segunda parte de esta historia y tercera salida de Don Quijote...». Total: inútil el esfuerzo del académico e inservible lo que descifró. Esto en cuanto concierne al hallazgo y su posible aprovechamiento.

La autoría de los versos del principio del libro fue atribuida a unos personajes de ficción, sacados de libros de caballerías; estos otros, los últimos, también se asignan a personajes fingidos pero desconocidos y ello ya nos denota una intención.

Veamos «el» pergamino con «los versos que se pudieron leer». ¿De qué valieron? Considerémoslos ahora en general.

¿Es que quiso Cervantes, por simetría con el comienzo, terminar con versos lo que con versos empezó y monta para ello la desdichada escena?

¿Es por no desaprovechar unos versos ya escritos con anterioridad, no usados, y consciente del poco mérito de los mismos, se los vino a colgar a unos «académicos» pedantes de una ridícula academia?

¿Fue un gesto hacia algunos discípulos o amigos, —sus autores—, a los que incorporaba como de matute en la obra?

«Hoc scripserunt», probablemente para poner de relieve su cursilería que, luego, sus textos poéticos corroborarían. ¿Pretendía con ello una alusión a los textos sacromontinos (en árabe, latín y castellano) también hallados en similares circunstancias⁵³ contenidos en otra caja de plomo, pretendidamente antiguos y falsos asimismo? ¿La burla de Cervantes, sibilina, viene a retratar el fraude del Sacro Monte? Todo pudiera ser y así los pergaminos de la Argamasilla serían remedo de los otros, igual de fingidos e inútiles, nulos su real valor e importancia, falsificación engañosa y despreciable. ¿Tenían otra intención y los encajó en la circunstancia que tan a pelo le venía?⁵⁴

⁵³ Derribo de la Torre Turpiana para construir en su lugar la tercera nave de la actual catedral granadina.

⁵⁴ Todos parecen estar de acuerdo en que tanto versos como postas como academias son una hiriente burla a otro u otros dirigida. ¿un sinónimo voluntario?

Pasemos a los versos. Los cuatro primeros son sonetos (el tercero con estrambote, «inventa el arte un nuevo estilo al nuevo paladino»), métricamente aceptables aunque rípidos y absurdos; su tono alisonante, rimbombantes y ostentosos, ya nos los hacen poco agradables al oído, su alambicamiento nos obliga a un esfuerzo en su comprensión, su contenido llega a indignarnos. Terminan resultándonos estúpidos. Y no dejan en buen lugar a los protagonistas de la novela. Si Cervantes quiso hacer aquí buenos versos, no acertó; si lo que pretendía era simular la estulta fantasía, la mala intención y la pedantería de los vates rivales, lo consiguió. De esa ristra de versos es mejor no acordarse. De cuanto en esos poemas se nos cuenta nada podemos sacar de elogioso para los personajes de la novela, antes por el contrario su aire ofensivo e insultante son manifiestos. Sin duda Cervantes era sabedor de todo ello y si pudiendo, como podía, prescindir de ellos, sustituyéndolos por otros o eliminándolos, no lo hizo es seguro que su por qué tendría.

De los seis poetas, cinco son académicos de la Argamasilla y uno académico argamasilleco. ¿Podemos suponer en ello alguna oculta intención?, ¿qué diferencias podemos anotar entre el uno y los otros? Los de la Argamasilla son para Don Quijote, Duleinea y Rocinante; el del argamasilleco es para Sancho Panza. ¿Le pareció al autor más apropiado que los cinco de la Argamasilla fueran dirigidos a los destinatarios citados, mientras el del argamasilleco lo fuera al rústico Sancho por, digamos, cierta afinidad? Lo cierto es que en cuanto a lo grosero de las expresiones y el acento insultante de los versos allá se van todos por igual. La relación de los contenidos con el posible significado del nombre de los autores tampoco se acierta a ver. En algunos ratos de asueto y vagancia y movido por el innegable ingenio de Cervantes al que se debe reconocer sagacidad e intención, hasta llegué a suponer la posibilidad de que hubiera una advinanza que D. Miquel nos dejara planteada con el reto, no declarado, de que algún astuto la acertara. Hasta, en ratos perdidos, me hice hermeneuta de los tales versos. Busqué acrósticos, que no hay (ya en el cap. IV de la Segunda parte dirá Don Quijote al bachiller

Sansón Carraseo algo de este tipo de poesías que podría indiar alguna pista de los tales anteriores poemas: «... le hiciese la merced de componerle unos versos... y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese: Dulcinea del Toboso»). Hice cuadros con los nombres de los fingidos académicos colocándolos en diversas posiciones por ver si a modo de sopa de letras, de palabras cruzadas, y leyendo en diagonal, de arriba a abajo, de abajo a arriba, me topaba con algún nombre o vocablo significativos: Son 53 letras, de ellas 25 vocales, entre éstas como dato curioso falta la e, la o figura 9 veces, 7 la a y la i, 2 la u; etc. Busqué en los versos alguna clave numérica, situacional, que relacionara palabras, orden correspondiente al lugar que ocupan, etc., ¿se podía construir alguna frase, algún nombre, con ellas? Nada. Aparte de que mi capacidad al respecto es muy limitada, lo dejé por el propio convencimiento de que ese, —a pesar del ingenio de Cervantes, su principio—, no era adecuado camino y de que seguramente no hay en esos versos nada que encontrar, alusivo a la Argamasilla o a alguna persona; los versos no encierran ningún arcano y si, seguramente, sólo intención y veladas alusiones.⁵²

Los versos, en definitiva, son una desilusión en todos los órdenes salvo en su premeditación deliberada que no nos es dado, sin embargo, puntualizar. De ellos, como tales, poco es lo que podemos sacar.

II

Lo que sí resulta un campo más interesante y como casi todo cuanto antecede meramente especulativo era Avellaneda y todo lo que con él se

⁵² Ya el procedimiento ha sido con mucha anterioridad usado. En estos acertijos hay y muy aventajados precedentes tanto a la letra como a la intención: Nicolás Díaz de Benjumea, Atanasio Rivero de la «Irazana», etc.

relaciona. De Cervantes mucho se sabe y otro tanto se ignora. De Don Quijote está el texto sobre el que caben estudios y análisis más o menos fiables y eruditos. De las intenciones de D. Miguel todo es imaginación, sospechas, agudezas interpretativas, nada seguro en concreto. Y este vasto campo de hipótesis, deducciones aventuradas, profundas cavilaciones y hasta interesadas conclusiones, entiendo yo que no puede sobrepasar un límite que la honestidad intelectual debe fijar sin alegrías, arrebatos ni pretendidas definiciones dogmáticas que por muy exquisitas y elogiosas que sean y muy seguras que parezcan no dejan de ser elucubraciones y notables esfuerzos para una mejor comprensión de nuestro héroe, personaje de ficción al fin.

De Avellaneda el misterio es aun mayor. Nada seguro se conoce sobre él: sólo están su nombre, su obra y sus alusiones a Cervantes. Y ello mueve a suposiciones y fantasías. Mucho se ha escrito sobre él y a pesar de ello seguimos sumidos en la ignorancia.

Avellaneda, en su prólogo, justifica su descomedido ataque a Cervantes basándose en unos sinónimos voluntarios. ¿Cuáles eran éstos?

¿Estaban en el prólogo de Cervantes? En él más parece apuntarse a Lope de Vega cuya autoridad, por otro lado, era reconocida por Cervantes y por todos. No creo que ningún Avellaneda tomase como propias las alusiones al jefe dirigidas.

¿Estaban en el cuerpo de la novela? La novela de Cervantes da para mucho. Las suspicacias de algunos, con extremada susceptibilidad, es posible que encontrarán algo que a ellos pudiera apuntar.

¿Estaban en el cierre de que he venido hablando? Pensemos en esto último.

- 1.- Porque es un pegote innecesario, tardío y fuera de lugar y por ello más sospechoso de haberse escrito con una determinada intención.
- 2.- Porque se nota escrito deprisa («harbar, harbar»), «como sastrer en visperas de pascuas», que nos dirá Sancho, Segunda IV, «y las obras que se hacen aprisa nunca se acaban con la perfección que requieren», tal vez sin pensarlo mucho y mal.

3.- Por la ridícula «academia» de la Argamasilla que Cervantes caricaturiza. ¿A qué real academia apunta?

4.- Por los fingidos nombres de los poetas.

5.- Porque da pie a Avellaneda a una respuesta vengativa:

- a). Le roba, continuándola, la novela a Cervantes, aprovechándose de la puerta que éste ha dejado abierta: anuncio de una Segunda parte con viaje a Zaragoza.
- b). Utiliza su prólogo para denigrar a D. Miguel.
- c). Intención de perjudicarlo económicamente («la ganancia que le quito de su segunda parte»).
- d). Lo tacha, entre las otras cosas que le espeta, de envidioso: ¿envidia a Lope?, ¿envidia de no ser de la academia (camarilla) de Lope?
- e). Desvaloriza tal vez el éxito obtenido por Cervantes desacerditando a sus protagonistas (Don Quijote sale esperpentizado y loco de manicomio, Sancho ridiculizado, Duleinea desaparece, etc).
- f). Quizá está asesorado, o tal vez impelido, por Lope al que defiende apasionadamente y el cual no parece ser muy de la devoción de Cervantes que sutilmente lo ha criticado en el prólogo por boca de un su amigo consejero.
- g). Cree «rentarle» el secreto del lugar de cuyo nombre Cervantes no quiere acordarse.
- h). Le deforma a tal efecto dicho nombre: el Argamesilla, cambiando el artículo y tomando el diminutivo de mesa en el lugar del de masa.

Veamos esto de «el Argamesilla». ¿Qué podemos pensar de esta alteración del nombre?

Que tal vez Avellaneda no quisiera ser un plagiarista integral en cuanto a ese nombre se refiere. El Argamesilla es, si nos atenemos a su literalidad, una población distinta de la Argamasilla. ¿Iba su intención en este sentido?

Más bien, creo yo, lo que pasaba, tomando el uno por la otra, es que Avellaneda era un ignorante sobre el tema y se dejó llevar en cuanto al artículo por otras similitudes: el Toboso, el Quintanar, el Puerto Lápice, el Viso, que Cervantes cita.

Avellaneda conoce relativamente bien el Quijote de Cervantes que él continúa y que admira aunque odie a su autor. Y digo relativamente porque a veces no rememora bien los datos del libro: Se olvida del ama (I); Dorotea no acompaña a Don Quijote hasta su lugar sino hasta la venta de Palomeque (I); el hidalgo escogió el nombre de Don Quijote antes de haber salido de la aldea y fue ordenado caballero después en la primera venta (II); el «sobrinito» de Don Quijote, inexistente en Cervantes, se lo inventa Avellaneda en su capítulo VII; fueron cura y barbero, no Don Quijote, quienes sugirieron a Sancho que su amo pudiera llegar a ser arzobispo (VII); la aventura del yelmo de Mambrino (que, como diré, llama de Membrino) ocurrió antes que la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena (XXIV). (Martín de Riquer. «Alonso Fernández de Avellaneda. Don Quijote de la Mancha». Clásicos castellanos. Espasa Calpe. 1972). ¿Escribía de memoria sobre Argamasilla y no recordaba bien?

Avellaneda desconocía la Mancha precisamente, creo yo, por ello la etapa en que su Don Quijote está en ella transcurre (los tres primeros capítulos) en casa; el IV y V que anda por la región están limpios de lugares, itinerarios, etc; en el VI ya anda por Aragón y a la Mancha no vuelve; en cambio cuando llega a tierras aragonesas se exhibe en pueblos, distancias, conocimiento ajustado de Zaragoza, etc.

¿Qué sabía de Argamasilla, su Argamasilla? ¿Conocía siquiera, que en la Mancha había dos con ese nombre?

En su cap. III Sancho afirma que el año anterior un tío suyo, Diego Alonso, mayordomo del Rosario, lo hizo repartidor del pan y queso que la confradía distribuía, confradía del Rosario y reparto que existían y se hacían en muchos pueblos de la Mancha. Luego en el VIII Sancho nos explica que «un lugar (Argamasilla) es harto mejor que Zaragoza» aun-

que no tenga tantas torres sino sólo una, ni murallas, ni muchas casas; eso sí, las que hay «con lindisimos corrales que caben en cada uno dos mil cabezas de ganado»; que carecía de herrero pues el que ahora ejercía allí lo mandaban al Toboso (reee que el Toboso está cerea, cuando dista más de cincuenta kilómetros); «tenemos también una iglesia que aunque es chica, tiene muy lindo altar mayor y uno de Nra. Sra. del Rosario» con la imagen de dos varas de alto y un gran rosario alrededor cuyos padrenuestros, de oro, son gordos como el puño; y que no tenían reloj ni órganos. Como se ve poco decidente todo y banal, dado que podría ser aplicable a muchos sitios y que debe tomarse en las cuantías y tamaños y en su apreciación de la lindeza, con las cautelas debidas en atención a las exageraciones sanchopancescas habituales.

Parece que Avellaneda se refiere con su «el Argamesilla», a Argamasilla de Alba, dado lo del herrero y lo de «junto al Toboso».

«El Argamesilla». ¿Sabía Avellaneda de qué estaba escribiendo? Yo creo que no. Fuese Argamasilla la que fuese, ¿sabía algo cierto de ella? El nombre lo equivoca tanto en el artículo con que la cita como en el cambio de a por e. De las veinticinco veces que cita Argamesilla sólo es «la» en cinco ocasiones: «sacristán de la Argamesilla» (XII); «¿cómo quieres descansar siete días con sus noches en la Argamesilla...?» (XXII); «ahí están para hacellos merced, en la Argamesilla...» (XXXV); «mi lugar, que, con perdón, se llama la Argamesilla...» y «¿qué lugar es la Argamesilla, que yo nunca le he oído decir?» (VIII). Siempre para Avellaneda es Argamesilla, veinte veces «el» y cinco «la»; de todas ellas seis Argamesilla de la Mancha y dos Argamesilla junto al Toboso.

Dedicó el libro a «el Alcalde» cuando sabido es que tanto en la de Calatrava como en la de Alba eran dos los que se nombraban, de hidalgos uno y de pecheros otro.

«Noble» villa, dice. Si noble era un título obtenido de quien podía concederlo en atención a unos méritos contraídos y reconocidos, yerra lastimosamente pues ninguna de las dos lo tenía. Si se refiere a un simple calificativo cortés es un halago gratuito en su obsesivosidad rastrea.

Patria de Don Quijote. ¿Qué sabía Avellaneda de ello y de dónde provenía su conocimiento? Es seguro que no de D. Miguel, el cual persistirá en su ocultación voluntaria premeditada. «Patria feliz»: habrá que suponer que esa felicidad se la había proporcionado el héroe cervantino al que Avellaneda en su espurio libro rebajará y donigrará hasta convertirlo en loco en un manicomio de Toledo, más que cualquier hecho notable de su historia (concretamente la de Alba había sido un pueblo errante azotado por enfermedades que lo obligaron a traslados varios de su asentamiento).

Esto es lo que cabe considerar sobre la dedicatoria del de Tordesillas que aparece diez años después de hacerlo la novela de Cervantes (Primera parte). ¿Qué pasó o qué pudo conocer Avellaneda en ese lapso de tiempo? Nada sabemos pero el contexto de su dedicatoria nos hace sospechar su ignorancia y su audaz invento deducido expresamente de su proximidad («junto a») al Toboso.

¿Y cuál es la reacción de Cervantes ante el «descubrimiento» de su secreto? Las variables, son:

- No se cñtera, le pasa desapercibido.
- No le da importancia alguna.
- Lo cree una errata y es el impresor o cajista quien la comete. (Así sigue en todo el texto de Avellaneda en el que se repite la «errata» veinticinco veces).
- Se rie para sí, aunque seguro que a mandíbula batiente, por el patinazo del usurpador que afirma lo que ignora e inventa lo que no existe.
- Ve descubierto su secreto y siendo ingenioso como es, arroja el roto con su aseveración del capítulo final en que dice no revelar el sitio para que todas las villas y lugares de la Mancha se lo ahijen y disputen.

Yo creo que lo consideró una más de las equivocaciones de Avellaneda, ignorante en todo de lugares manchegos, personalidades auténticas de

Don Quijote y Sancho y genio creativo de Cervantes, como demostrará a lo largo de toda su novela el de Tordesillas que, además, ocultaba su propia real naturaleza pero «descubría» la del hidalgo inventado. Que Cervantes al criticar el Quijote de Avellaneda se abstenga de echarle en cara el haber hecho a hidalgo y escudero naturales de Argamesilla no indica nada. D. Miguel sólo puntualiza cuando del desenamoramiento de Don Quijote hacia Dulcinea se trata: todas las demás inexactitudes del tordellesco van incluidas, englobadas, en condenas y desmentidos generales («yerra y se desvia de la verdad»), «haber escrito tantos y tan grandes disparates», «libro impertinente que debiera estar quemado y hecho polvo», «libro malo», escribir sobre el valeroso manchego «no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio», su «pluma de avestruz grosera y mal deliñada», «atrevidos nuevos testimonios», etc. ¿Es que tenía Cervantes que ir punto por punto desmintiendo las falsedades de Avellaneda?: más corto, elegante y eficaz es descalificarlo del todo en todo.

Es chocante lo del Argamesilla, que luego en ediciones posteriores ya no se cita así: Segunda edición 1732.

¿Ignorancia, disimulo, errata tipográfica que a pesar de ella, mantuvo? Ya en su cap. XXIV llama, en similar manera, al yelmo de Mambriño, yelmo de Membrino. Estas alteraciones vocálicas, e en vez de a (malendrines, I; rebadán, XXVI; y otros), como también a por e (aventuras, XXV; extrameño, XXI y otros) son frecuentes en el de Tordesillas. ¿Son catalanismos del cajista, como algunos creen, al estar compuesto en Tarragona? Pero aunque lo fuesen, ¿por qué «el» en lugar de «la»?

Éste es el origen, la primera alusión conocida concreta a la «patria» de Don Quijote. Ni el nombre como va dicho, es el correcto, ni Avellaneda es personaje cuyos testimonios merezcan crédito personal (seudónimo, insultador, usurpador, desconocedor de la Mancha); resulta además tergiversador, —a peor—, de los auténticos Don Quijote y Sancho a quienes perversamente caricaturiza, hace loco de manicomio al genial hidalgo y acaba anunciándonos, como remate, saber de su posterior vida «por

relaciones de los archivos manchegos y barruntos y tradiciones de viejimos manchegos» (¡También éste! ¡Pero si Don Quijote era de época reciente!) que sanó y ya sin Sancho y con una moza preñada como escudero viaja por Castilla la Vieja como Caballero de los Trabajos... esperando como Cervantes, al final de su Primera parte, que no faltará mejor pluma que los celebre.

Puede pensarse que confluyen muchas cosas:

- a. Cervantes señala al círculo Lopista.
- b. La «academia» de la Argamasilla es una caricaturización de otra, otras o todas las academias literarias de la época. Una academia de la Argamasilla, fuera ésta la que fuera, sí que parece una quirotada en su desmesurada burla.
- c. Avellaneda transforma la masa en mesa. La argamasa pierde así un tanto su carácter despectivo; la mesa, mesilla, parece, tal vez, algo más digno. De paso Avellaneda chafa el propósito de ocultación que Cervantes ha manifestado (aunque quizá Avellaneda no sabía concretamente nada sobre Argamasilla pueblo y se fia sólo de la afirmación cervantina de estar «cerca» del Toboso. —Avellaneda repite dos veces en su obra esta localización («junto a») —, pero «cerca» son unos cincuenta kilómetros, más que las ocho leguas de la «Peña Pobre» de Don Quijote a Almodóvar; había otros lugares mucho más próximos al Toboso; y no debía conocer siquiera la existencia de otra Argamasilla).
- d. Los fingidos nombres de los poetas argamasillescos, ¿tenían un sentido, habían sido cuidadosamente elegidos por Cervantes?, ¿apuntaban veladamente al de Tordesillas? ¿Era éste un monicaco, un monigote (Monicongo), un paniaguado de Lope, «discretísimo» entre comillas, un engañador con mala intención (Burlador), un mandado, un dominguillo (Cachidiablo) del Fénix, un muñeco (Tiquitoc)?, ¿Apuntaba a algunos más? Podría ser una explicación y aquí sólo como hipótesis se apunta.

Cuando de las relaciones Cervantes-Avellaneda se trata, se suele hablar generalmente, sólo de sus dos respectivos prólogos en los que el de Tordesillas insulta, ofende, y Cervantes, en su defensa, se justifica; y de las alusiones de D. Miguel en el texto de la novela; pero se ha parado menos en la dedicatoria del intruso. Veámosla.

La dedicatoria en portada de Avellaneda es «al Alcalde, Regidores y hidalgos, de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Caballero Don Quijote de la Mancha».

¿Se refiere a alguna de las dos Argamasillas existentes?

La Argamasilla cervantina pasa a «el Argamesilla»; alcaldes no había uno («el») sino dos, uno de nobles, hidalgos, y otro de pecheros elegidos («escogencia») entre los propuestos, por el Comendador de la Obrería en la de Calatrava y por el Prior de San Juan y su Gobernador en la de Alba; «noble» era título que Argamasilla no tenía; lo de «patria feliz» no podía deberse a otra gloria y ventura que la que Don Quijote le había proporcionado; cuando en su espurio libro y por boca de Sancho (Caps. III y VIII) nos habla de el Argamesilla dice sólo vagas generalidades comunes a cualquier pueblo de la época y falsedades, fuese la que fuese a la que se refiriera; demuestra no conocer la Mancha: mientras los personajes caminan por ella, que es muy poco tiempo, Avellaneda no hace relación alguna a su paisaje o lugares, cosa que sí sucede con Aragón. Todo lo cual ya se ha dicho.

Luego el texto de la dedicatoria cambia un poco: Don Quijote ya no figura como de la Mancha sino como «lustre de los profesores de la cabaillería andantesca».

En esta dedicatoria, dice: «Antigua es la costumbre de dirigirse los libros de las excelencias y hazañas de algún hombre famoso a las patrias ilustres que, como madres, les criaron y sacaron a luz y aun competir mil ciudades sobre cuál lo había de ser...». El Argamesilla, según esto, es la «patria ilustre» que «como madre ha criado y sacado a luz» a Don Quijote. ¿Madre? Cervantes no cita puntualmente ni una sola vez el nombre (del que expresamente no quiere acordarse) de esa madre patria. ¿Mal

hijo el Don Quijote cervantino? Avellaneda parece reprochárselo, y el sí al suyo le asigna patria, pues «es la costumbre dirigir los libros» que de los famosos tratan a la de los mismos. Avellaneda parece reconvenir por ello a Cervantes, le indica el camino que debiera haber seguido y hasta llega a recordarle que «mil ciudades compiten» por apropiarse la maternidad de los famosos. (Es sorprendente que él, que quizá pretenda hacerse tal, mienta euando de declarar la suya real se trata colgándose la alegrementemente a Tordesillas y hasta, con un seudónimo, ocultando su verdadero nombre).

¿Es este competir el origen de atribuir luego Cervantes (Cap. final) a todas las villas y lugares de la Mancha el «lugar» con el fin de que contendiesen entre sí para ahijarse? En vez de competir mil ciudades las reduce a las de la Mancha y como paradigma pone a las siete que lo hicieron por Homero.

«Reciban, pues, vuestras mercedes bajo de su manchega protección el libro y el celo de quien contra mil detracciones le ha trabajado, pues lo merece por él y por el peligro a que su autor se ha puesto, poniéndole en la plaza del vulgo, que es decir en los cuernos de un toro indómito», etc. ¿Es que recomienda poner el libro en la plaza del vulgo —también puede interpretarse así—, a la manchega protección de sus mercedes?

Contra «mil detracciones» dice Avellaneda haber trabajado su libro y hasta «se ha puesto en peligro», peligro (?) que no es, como parece decir, el «ponerlo en la plaza del vulgo», cosa que en el mejor de los casos no pasaría de simple riesgo literario como el de cualquier autor que somete su obra a la opinión del público.

¿Y cómo explicamos la detracción (infamia, deshonra), si lo primero que hace (y lo ha conseguido hasta el día de hoy) es ocultar su personalidad, dar un nombre falso y simular un origen de difícil comprobación?: ¿qué peligro corría si, amparado en su seudónimo, se hurtaba a cualquier personal represalia y hasta quizá a una investigación sobre su real identidad?

¿El peligro es sólo sacarlo al público, «ponerlo en la plaza del vul-

go», cornúpeta indómito?(Es frecuente en los prólogos de la época aludir al «vulgo con sus leyes»). ¿Se refiere Avellaneda, en contraposición, a que Cervantes en su dedicatoria al duque de Béjar llama a éste «favorecedor de las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servio y granjerías del vulgo»? Parece que esta dedicatoria no fue exactamente de Cervantes, que la suscribe, sino del editor Francisco de Robles, improvisándola éste con fragmentos de Fernando de Herrera en su «Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones» (1580) y algún fragmento de su prologuista Francisco de Medina. A lo mejor Avellaneda no sabía esta circunstancia.

Pide a vuestras mercedes de el Argamesilla que protejan no sólo el libro sino al autor intruso. ¿A tanto ha llegado que pide amparo para el libro? ¿Qué peligros corría? ¿Qué tipo de «protección» podían proporcionarle? Seguramente Avellaneda sabía que Cervantes estaba escribiendo su Segunda parte cuando él escribió su dedicatoria. (Se sabe que Cervantes anda escribiéndola en el verano de 1613 por el prólogo de sus Novelas Ejemplares. ¿Empezó Avellaneda a partir de entonces la suya o venía con ello ya con anterioridad?).

Y también protección para el celo (cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo) del autor que lo ha escrito («lo ha trabajado») a pesar de las infamias («mil detracciones») y el riesgo que le ha supuesto («el peligro a que su autor se ha puesto»). ¿Qué protección necesitaba, hasta dónde llegó su celo y cuales son las detracciones que sufrió? Parece como si hubieran sido conocidos su intención y libro (o parte de él) que escribía, ya antes de su publicación, como algunos (Menéndez Pidal) creen. Cervantes ya andaba escribiendo su Segunda parte y antes de llegar a su cap. LIX no se ha enterado todavía de nada: ¿la publicación en Tarragona del de Avellaneda, lo cogió en ese momento? Aunque el conocimiento por Cervantes del libro de Avellaneda, en manuscrito o ya impreso, coincidiera con su capítulo LIX no es ello obstáculo a que, revisando lo ya escrito anteriormente, D. Miguel retocara o modificara, —y aun plagia—, algo, movido por la continuación apócrifa.

¿A qué peligros se exponía Avellaneda? Parecería que existiera una «mafia» contra él y su intento, y de aquí su prudencia (¿cobardía?) ocultando su nombre. Pero, ¿a qué tanta ocultación si por las infamias que dice habersele prodigado se da por descontado que es suficientemente conocido de Cervantes? ¿tan poderoso era éste, o sus amistades, como para infundirle miedo y precisar protección?

Dice Avellaneda en su prólogo que Cervantes lo ofendió: aunque los dos autores pretenden como fin desterrar los libros de caballerías, Cervantes, según Avellaneda, usó medios diferentes a los suyos, «pues él tomó por tales el ofender a mí» y a Lope; Avellaneda «huye(n)do de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios» (cosa esta que sabría hacer bien): sería esto último en el texto de la novela porque lo que es en el prólogo se despacha a gusto.

¿A qué se refiere cuando habla de sinónimos voluntarios?: ¿insultos encubiertos, nombres fingidos pero indicativos de su intención injuriosa o despreciadora? El hacer ostentación que Avellaneda atribuye a Cervantes ¿en qué consistía: en magnificar un dicho, en criticar su forma de escribir, en repetición del insulto con distintos nombres? Puesto que Lope había dicho no haber encontrado Cervantes en Valladolid quien quisiera encabezar su Primera parte del Quijote con versos, a lo mejor D. Miguel vino por ello a hacer autores a personajes caballerescos de los primeros... cuando (Cervantes) quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos,⁶ había de ahijarlos, como él dice, al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura (Lope)...» (prólogo de Avellaneda). Las obras de Lope solían publicarse con poesías laudatorias, al comienzo, de personalidades; Cervantes lo hace en el Quijote pero de personajes ficticios, de la caballería andante, y

⁶ Cuando Avellaneda (Cervantes) habla de sonetos campanudos, ¿no se estará refiriendo de, por ejemplo, «el calvarium que adornó a la Mancha» y cosas así, que en sus versos argamasillecos habla largado?

explica en el prólogo el sistema que elige, sugerido por un amigo, y poder pasar así por erudito con anotaciones al margen y frases de famosos, en una burla estupenda.

Y sabida la publicidad que Lope de Vega dio del hecho arriba referido, refrendado por Avellaneda en su prólogo, Cervantes se tomó su vengativa revancha haciendo autores de los finales a gentes de «su camarilla» encubiertos bajo «seudónimos voluntarios»: la jugada había sido magistral: ya que no personalidades notables, —que, según Lope, no encontraba—, para sus versos, vino a atribuir los del final de la novela a los propios componentes del grupo lopiano. Ya Lope en carta de 4.8.1604, refiriéndose a los poetas «en ciernes para el año que viene», dice: «ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quijote»; debía conocer la novela aún no publicada. Sin embargo el que se considerara luego ofendido es Lope... Cervantes ha venido estando hasta cierto punto, digamos, sometido por Lope; sus conatos de sobresalir han sido oseurecidos por Lope, su importancia y méritos (salvo el de la Galatea) rebajados y ahora ha aparecido su Don Quijote que, a pesar de lo que sobre él ha dicho, causa un impacto que hay que reconocer y eso le dolerá al Fénix. Cambiará Don Quijote de ruta para no ir a Zaragoza y sí a Barcelona: «tal era el deseo que tenía de sacar mentirosa aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba»; confiesa Cervantes la inquina que Avellaneda le tenía y que «tanto decían».

Tal vez Lope, engreído y suficiente, creía que podía ofender y no ser ofendido. Pues se equivocó.

¿Quizá la apócrifa continuación fue obra colectiva, dirigida por Lope y en la que él mismo interviniere personalmente? En este caso sería vano pretender identificar a Alonso Fernández de Avellaneda con ningún escritor conocido o por conocer. Pudiera ser y los fingidos nombres de los poetas de la academia argamasillesca vinieran referidos a un colectivo, si es que Cervantes había «tirado a bulto» lanzando la perdigonada a la camarilla entera; si es que fue así no resultaría arriesgado sospechar que el seudónimo no fuera personal sino comunitario. ¿Es que Cervantes iba

prodigando detracciones a troche y moche y no sabía exactamente de cuál de sus detraídos se trataba? No; Cervantes sabía muy bien de donde venía todo.

Se ha sospechado abundantemente sobre la verdadera personalidad de Avellaneda identificándolo con muchos escritores. Ruiz de Alarcón; Tirso de Molina; Fr. Luis de Aliaga; Fr. Andrés Pérez (el de La picara Justina); Bartolomé L. Argensola, su hermano Lupercio, ambos juntos; Juan Blanco de Paz (enemigo de Cervantes, traidor a él en Argel); Guillén de Castro; Alfonso Lambert; Fr. Alonso Fernández; Dr. Vicente García, rector de Vallfogona; Lope de Vega; el dague de Sessa, dirigido por Lope; Alonso de Castillo Solórzano, secretario de Lope; Jerónimo de Pasamontes (el Ginés de Pasamontes citado por Cervantes en su Quijote); y otros muchos más. Para estas atribuciones se han aducido las más variadas sospechas. Parece que se impone el criterio de estudiar el texto de Avellaneda (aragonismos, religiosidad y devoción por el Rosario, etc.) desde el punto de vista técnico y erudito; desde luego si con ello se llega a una conclusión palmaria e irrefutable, cualquier otra consideración habrá de ser dejada de lado; pero eso, a pesar de los numerosos estudios y los esforzados intentos hasta ahora habidos, está aun por conseguir.⁷

Cervantes arremete pero con cuidadoso disimulo y no menor fue la fingida posible argucia de Lope en su contestación si es que fue él el inventor de Avellaneda. Va a ser, en este caso, una lucha de agudezas y disimulos entre los dos genios.

La defensa que Cervantes hace de sí mismo en el prólogo de la Segunda parte contra el de Avellaneda es muy cuidada, alaba a Lope y aunque muestra su firmeza, se manifiesta respetuoso y casi, diría yo, temeroso. No quiere un choque frontal con Lope, aunque seguramente

⁷ Hay quien ha supuesto que Don Quijote era Lope, Sancho Tirso de Molina y Dulcinea la amante de Lope, Lucinda (Micaela Luján, también de la Mancha, cantada por el Fénix como Camila Lucinda; Dulcinea sería su anagrama) y hasta el tipo de Don Quijote coincidiría con Lope paranoico, infanzuado y megalómano (José López Navio). Cree, incluso, que el «Entremés de los Romanos» (inspiración, al parecer, de los primeros capítulos del Quijote) era una sátira contra Lope.

podría decir de él muchas cosas, pues el Fénix también tenía su historia. ...no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio»; «...del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa». ¿No hay aquí también sorna? Remata declarándose admirador de su ingenio, de sus obras y de su «ocupación continua y virtuosa». ¿Virtuosa la vida de Lope? ¡Qué sarcasmo!

«El peligro a que su autor se ha puesto», dice Avellaneda. ¿No corría riesgo un ministro de la Iglesia metiéndose en ofensas, mentiras (seudónimo) y juicios temerarios? Precisamente por esas condiciones, eclesiásticas e inquisitoriales, que hábilmente se le han recordado a Cervantes en el prólogo de Avellaneda, D. Miguel se piensa muy mucho lo que haya de decir y de hacer. Pertenecer (familiar) al Santo Oficio ya era casi un blindaje: Cervantes sabía muy bien que en caso de litigio con Lope no sería la justicia ordinaria la competente sino el Santo Tribunal; muchos se hacían familiares de la Inquisición precisamente por ello. Cervantes era un paria o poco menos, su ascendencia de sangre quizá no muy clara, su familia en entredicho y sus antecedentes penales conocidos. Habría sido enfrentarse al monstruo de la naturaleza, Lope, —con tantas agarraderas—, muy desigual batalla. Por todo ello Lope se permite cierta estúpida superioridad y prepotencia. Aunque la irritación y el enfado indignado de Cervantes deben ser muy grandes, cuando de Avellaneda habla lo hace con cierta delicadeza: «el que ha querido usurpar el nombre de Don Quijote y aniquilar sus hazañas» (LIX), «yerra y se desvía de la verdad», «el aragonés» en sangrante burla (LXI), libro impertinente que debiera estar quemado y hecho polvo, pero «su San Martín le llegará como a cada puercro» (notése: al libro), «el escritor que sacó a luz la historia deste nuevo Don Quijote, escribió lo que saliere» (2^a, LXXI); en su testamento Don Quijote suplica pidan a «el autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí», encarecidamente, «perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe». Hay que notar la deferencia con que habla del autor cuyo nombre, Avellaneda, nunca nombra. Cervantes nunca cita el nombre de

Avellaneda, aunque a él se refiera, salvo una sola vez, precisamente cuando ante el alcalde como fedatario, Álvaro Tarfe declara que Don Quijote es el de Cervantes y no el que andaba impreso en una historia «compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas» (Segunda, LXXII) y hasta en una ocasión (visita a la imprenta, LXII) dice: «...libro...que se llamaba la segunda parte del ingenioso Don Quijote de la Mancha compuesta por un tal, vecino de Tordesillas» (un despreciativo tal a secas y además lo avvicina erróneamente: Avellaneda no era vecino sino natural de Tordesillas, como el mismo Cervantes dice en el citado capítulo).

En el prólogo no ha querido dar contenido al lector que desearía hallar en él «venganza, riñas y vituperios» al apócrifo autor del espurio libro del que dice ladinamente «que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona» y añade que aunque «los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mio ha de padecer excepción esta regla». Quisiera el lector «que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castiguelo su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya». Con todo lo cual, diciendo sin decir, señalando sin acusar, eludiendo una responsabilidad punible, manifiesta su derecho a la venganza, califica de vituperios las afirmaciones de Avellaneda, se declara agraviado, lo tacha de asno, mentecato y atrevido y, por si era poco, de pecador y de falso y todo ello sin denuncia formal, sin imputabilidad propia personal. Guarda respetuosamente las formas y aclara su pensamiento sin arremeter contra el intruso, «se contiene mucho en los términos de su modestia» y «no se tiene por agraviado». Todo ello dirigiéndose directamente al lector, ilustre o plebeyo.

Cervantes se hace el succo como si no supiera de quien se trata y aunque conteniéndose en su modestia, no quiere «añadir aflicción al afligido y que la debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad». Cervantes es muy diplomático.

«Aflicción grande», aludiendo quizá a la conciencia religiosa y obli-

gaciones morales de Lope; «traición de lesa majestad»: ¿es permisible sin admonición, incluso sanción, de la correspondiente autoridad eclesiástica, en un ordenado, la injuria, la mentira (seudónimo intencional del descrédito y hasta el robo de unos posibles ingresos económicos que se detraen a Cervantes? Don Miguel no habla claro pero sugiere muy discretamente. No se expresaría así, tan delicada y mansamente, ante un Alonso Fernández de Tordesillas, ante un tal. Sabía muy bien de quién se trataba.

Todo ello pudiera inclinar a creer que el Avellaneda de Tordesillas sea Lope. ¿Un quidam, un Avellaneda cualquiera, iba a ser objeto de detraiciones por parte de Cervantes? ¿Y ese quidam iba a ser tan suspicaz, iba a montar la que montó e iba a merecer las consideraciones que Cervantes le mostró? No: el personaje debía ser otro muy distinto, poderoso, digno de respeto y capaz de una posible temible respuesta.

Ya sé lo que los lingüistas en meritorio estudio han encontrado sobre los aragonismos de «Avellaneda-no Lope». Pero a lo mejor no es del todo decidente: ¿cabría el disimulo voluntario o tal vez la ayuda de alguien al respecto?

Avellaneda cita muchas veces versículos de las Sagradas Escrituras y de escritores de la Iglesia. Esto que a algunos ha llevado a suponer fuera un religioso (dominico, para mayor detalle, dada su exaltación del Rosario), a mi me inclina a pensar, — como un dato más —, en el clérigo Lope (en 1614 recibe órdenes sagradas) que, además, defendería al clero y sus obligadas buenas costumbres aunque él no las siguiera en la práctica, remarcando así sus diferencias al respecto con Cervantes como si de una sutil reconcenación se tratara.

Ya Lope de Vega (Avellaneda que conocía y admiraba el Quijote pero odiaba a su autor) era, además, reincidente: tenía en su haber la continuación de otra obra ajena (la Hermosura de Angélica, que precisamente recuerda el intruso en su prólogo). No habría sido, pues, novedad.

El que los poetas fingidos argamasillescos pudieran ser distintos, cada uno referido a una persona determinada perteneciente a la camarilla lopesca, no es óbice para considerar la despreciativa burla dirigida contra Lope que

recogería el guante. Podría ser una explicación de varias cosas:

- 1.- El propio creador y dueño de sus personajes que ha venido cuidando a lo largo de la novela, ¿iba luego a ridiculizarlos tan clamorosa e insultantemente como vienen retratados en esos poemas si no fueran atribuidos a enemigos de Cervantes y su obra?
- 2.- «Escribieron esto», en latín, en vida y muerte de Don Quijote.
 - a). Cursilería de utilizar el latín innecesaria y gratuitamente, cosa lopezca como ya se ha denunciado.
 - b). Ya se adelanta con un chocante anacronismo la muerte de los protagonistas cuando, precisamente, se anuncia la continuación de sus hazañas.
 - c). En vida y muerte. En vida, nada: los poemas son postmortem (hasta tres de ellos, la mitad, se titulan epitaños).
 - d). «Alegrías» en los versos:

Jasón no era de Creta (¿falsa erudición?); de Catay hasta Gaeta (¿qué límites son esos para D. Quijote que nunca rondó tales lugares?); musa horrenda y discreta a la par.

Dulcinea, «de rostro amondongado, alta de pechos (cosa a que Cervantes nunca había aludido) y ademán brioso»: llegó Don Quijote «hasta el herboso llano de Aranjuez» a donde nunca había ido.

Rocinante. Sólo se nos dice de él ser «soberbio trono diamantino» y más gallardo que Brilladoro y Bayardo (total tres versos; sobran catore; ¿y para eso necesitó el soneto de estrambote?)

Sancho. El soneto a él dedicado es hiriente: grande en valor, el más simple escudero, borrico, manso (como luego aparecería en la obra de Avellaneda).

La composición del Cachidiablo es una estupidez aunque no desproveeche la «majadería de Sancho».

Y el último epitaño: Dulcinea «de carnes rolliza, de ralea castiza, tuvo asomos de «dama».

En fin, de pena: estupideces, insultos, ripios, consonancias forza-

das... Están escritos mal y son denigratorios, a propósito. Los supuestos autores son enemigos y malos poetas. Y a lo mejor esto último, más incluso que los intencionados nombres, fuera lo que sulfuró a Lope. Y entonces, solo o en comandita, se decidiera por la avellanada. Fuera como fuera, Cervantes no se dirige a los poetas de la camarilla, que le importan poco y a los que seguramente tiene en menos, ni a un natural de Tordesillas exhibido luego, sino a la cabeza, al mismo Lope, resultase después el auténtico Avellaneda (lo que tal vez cree) o no. Puesto que Lope no da la cara (se escuda tras un seudónimo) y tratándose como se trata del monstruo todopoderoso y blindado por su hábito clerical y la familiaridad del Santo Oficio, Cervantes que no puede permitir el ultraje personal, el robo de su obra, el descrédito de sus personajes, se defiende y ataca de forma sutil, con maneras diplomáticas pero contundentes y firmes, que tal vez no era lo esperado por Lope. Lo que éste pudiera haber creído su escudo (el ocultar su nombre bajo el seudónimo) permitió a Cervantes, precisamente, atacarlo con mayor libertad dirigiendo sus dardos contra él aprovechando el juego que tan bien le venía. Quiero pensar que Lope, si era Avellaneda, se debió arrepentir de su propósito, se vio corrido y en su fuero íntimo se consideró fracesado habiendo de asistir al triunfo de Cervantes que se había superado y se superaría aún más con la verdadera continuación, su Segunda parte, que triunfó plenamente ante los lectores, —«ilustres y plebeyos»—, que asistió a las múltiples reediciones de la obra cervantina y que debió presentir que aquel a quien tuvo en menos habría de acabar, para la posteridad, escalando un puesto al que él, con toda su innegable gloria, no llegaría. Murió, 1635, casi veinte años después que Cervantes.

III

Otro día, el interesado y desocupado lector se pone a mirar en otra dirección.

Abandonando el enfoque que sobre la cuestión acabo de hacer, quie-

ro ahora considerar el tema desde otro punto de vista, observarlo con otra perspectiva. Tampoco tiene mayores pretensiones y no es otra cosa que la manifestación de una particular opinión, la mía, que surge ante la carencia de una certeza contrastada y fehaciente que hasta ahora nadie ha descubierto a pesar de los inúmeros intentos que mentes luminosas, personalidades exquisitamente preparadas, esforzados pensadores, eruditos cervantistas, han llevado a cabo. Ello es lo que me disculpa y lo que creo me concederá cierta permisón tolerante a mi audacia, audacia que sólo viene a ser el modesto libre ejercicio de suponer, en un asunto no descifrado, una hipótesis.

El revuelto mundillo literario de la época, daba para mucho. Los estudios eruditos al respecto son innumerables y las sospechas, de todo tipo, imposibles de hacerlas coincidir. Es verdaderamente asombroso cuanto se ha deducido, intentado, inventado, relacionado, etc. por ilustrísimos investigadores y comentaristas. Mientras no se aclaran, hasta que no se presenten pruebas concluyentes, los lectores del Quijote también, —en su modestia—, aparte del disfrute gozoso de su lectura, pueden cchar su fantasía a volar. Y como no son capaces, —imposibilitados de manejar la montaña documental existente e ignorar de los vastos conocimientos que se exhiben—, de hacer otra cosa que leer el texto de los dos Quijotes y relacionarlos, séales permitido construir también su propia teoría sin tono doctoral ni académico; es un entretenimiento más que les brinda el Quijote que no es para ellos empresa de erudiciones, basándose más en los textos, que están ahí, (con la menor intervención de sapiencias), que en alambicadas referencias eruditas. Éstas, quizá más que aclarar, compliquen y confundan. Creo que las textuales tienen simplicidad y visión próxima y directa; tal vez no eselarezcan la verdad, pero tampoco las profundas elueubraciones la demuestran. Lo más sencillo para el profano es dejarse de disquisiciones académicas y doctorales y meterse de lleno en la lectura, sin otra distracción marginal que la lógica que del texto se desprenda. Doctores tiene la ilustre cofradía de cervantistas, pero así como los de la Santa Madre Iglesia saben respon-

der de la verdad dogmática, los de aquella van cada uno por su lado y dan lugar a multiplicidad de interpretaciones permitiéndonos así las más variadas opiniones. Éste es mi caso.

El lector medianamente instruido (es decir: ignoranton en opinión de los eruditos cervantistas) se atreve, tal vez en increíble osadía, a elaborar su propia hipótesis a modo más de investigador policial que de concededor exhaustivo de argumentaciones doctas e ilustradas y así llega a refocilar-se en su personal conclusión.

Nada sabemos con certeza sobre Avellaneda. Las más ilustres lumbreras no han podido, a pesar de sus muy meritorios esfuerzos, llevarnos no digamos a la probable aceptación de una tesis, sino siquiera a la admisión de una sospecha razonable. Todo es andar a tientas y a trompicones. La diversidad de opiniones, las contrapuestas ideas manifestadas, la falta de seguridad en los argumentos empleados, abren la puerta a cualquier intento de explicación, quizá poco ortodoxo pero que se razona con una cierta lógica.

Ésta es la tesis: Avellaneda fue el propio Cervantes. Ya sé que no es nueva la idea («Avellaneda es Cervantes», de R. Martínez Urciti, 1915, por ejemplo). No prosperó la idea y son legión los que buscan por otros lados; pero aquí haciendo abstracción de cuanto se haya dicho ya por otros —y que desconozco—, me voy a basar en la escueta consideración de los textos de Cervantes y Avellaneda. El lector no erudito puede llegar a montar su propia teoría. Los entendidos cervantistas seguro que la descartan: es una pretenciosa y ridícula intromisión en su coto cerrado, exclusivo; pero, ¿qué ofrecen a cambio? Son capaces de rechazar una cosa, pero no ofertan una alternativa fiable: su solución es negativa y poco constructiva. ¿Está condenado el «secreto Avellaneda» a su mantenimiento eterno?⁸¹ Pero entremos en materia.

⁸¹ Ya el mismo Cervantes, en su prólogo a la Primera parte, asegura: «puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere», «siemes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrio como el más pirriado», etc. Y que en materia de opiniones sobre esta historia cada cual puede echar por donde crea oportuno.

¿Qué suposiciones pueden llevarme a mantener la afirmación hecha?

- 1.- El Quijote primero fue escrito como «episodios»⁽⁹⁾ (partes) que se ensamblaron en una sola Primera parte. Avellaneda los continuó en otros tres: quinta, sexta y séptima partes, formando el Quijote del de Tordesillas. Cervantes adornó la suya, —bien por proporcionarle cuerpo más extenso, bien por mantener el suspense, bien por dar salida a escritos suyos anteriores—, con historias añadidas, que adhirió más o menos razonablemente al argumento central de la obra.
- 2.- Terminada su cuarta parte, Cervantes nos anuncia la continuación (salida a Zaragoza), su propósito de seguir por la vía de «fascículos» como si de una novela por entregas se tratara.
- 3.- Cervantes escribe esa continuación. Es poco creíble que, dado el éxito antes obtenido, tardase más de ocho años en volver con la historia como la conocemos. No: Cervantes escribió la avellanada bastante antes.
- 4.- Y la avellanada no le convenció, no acabó de gustarle.
- 5.- Deja en ella la puerta abierta para seguir con el tema («Caballero de los Trabajos»). ¿No tendría ya in mente prolongarlo luego aún más (el Quijote pastor) cosa que se frustraría definitivamente con la sospechada como próxima muerte del autor (el estribo, cercano ya el día de poner los dos pies en él) y su deseo últimamente acariado de acabar la historia tan espléndidamente como la acabaría con la muerte del héroe?⁽¹⁰⁾

Las argumentaciones sobre esta hipótesis (Cervantes + Avellaneda) ya se ve que no por mí aprovechadas para llevar el agua a mi molino, pues antes las he usado en defensas de otra muy distinta teoría. Y así es. No hay que olvidar que me muevo en el terreno de las suposiciones y que éstas han de basarse en indicios, indicios que no garantizan una seguridad cierta sino sólo una posible orientación.

⁹ «Dese horas podrá tener (de pasatiempo) al que con atención la leyere»(IX). ¿Se refiere sólo a la primitiva primera parte, al primer «fascículo»?

¹⁰ La elaboración, composición, reelaboración y recomposición de la Primera parte, dividida a su vez

- 6.- Se ha dado cuenta de que con la avellanada que ha escrito, estropea la ocasión que el éxito obtenido, por un lado, y las extraordinarias posibilidades que ahora ve tiene el tema, por otro, se van a ir al traste.
- 7.- Ha intuido que sus personajes y el argumento bien llevados, mejor tratados, vistos con otra perspectiva un tanto diferente, más universal y humana, son materia de la que sacar mucho mayor partido: la burla, el esperpento cómico, deben ser dejados un poco a un lado e incidir en aspectos más serios y trascendentes.
- 8.- Cervantes se considera capaz de tal empeño. Sus personajes lo han desbordado y acepta el reto de elaborar algo muy superior a lo que lleva escrito. Es consciente de que puede y debe hacerlo: en la forma, en la intención y en la proyección grandiosa de tal idea.
- 9.- Ha guardado en un cajón lo que ya tenía escrito (la avellanada). No está del todo descontento de esa novela, cuyos méritos literarios reconoce pero que no pasan de eso, literatura vacua, graciosa, un tanto grosera y quizá excesivamente servil a ciertos convencionalismos. (El Avellaneda no prosperaría exitosamente, luego, pero no porque carezca de mérito literario).
- 10.- Se pone manos a la obra de escribir algo mejor; se sabe competente para ello y atisba otros horizontes, tanto formales como sustanciales, y le va saliendo la continuación definitiva; lo cual le satisface.

en otras cuatro ha dado mucho que hablar. Al final son cuatro piezas, cuatro secciones, (modelo asimismo seguido por Avellaneda en otras tres), ordenado todo posteriormente, con mayor o peor fortuna, por capítulos y sin que ello elimine la impresión primera de una concepción original de episodios que cronológicamente se siguen en forma como «entregas», en serie. También en la Segunda parte parece poderse atisbar tres partes («mitigadas»): I a XXXIX, de aventuras; XXXX a LVIII de estancia con los duques; LIX a LXXXV, conclusión. A esto es a lo que quiero referirme sobre la continuación como «entregas» de la segunda parte apócrifa, del Caballero de los Trabajos, y del Quijote pastor de las que las dos últimas no llegaron a cuajar por la idea de la Segunda parte cervantina que burrio todo en una nueva concepción de la obra.

- 11.- Ya muy adelantada su elaboración y consciente de que está escribiendo algo francamente bueno, —muy superior, incomparablemente, a lo que tiene guardado—, y quizá agobiado económicamente, pasa por su cabeza la posibilidad de aprovechar lo desechado: puede sacarle algún dinero, removerá el interés por la lectura de la continuación años antes prometida, literariamente es una buena novela, explotará su publicación como trampolín propagandístico para el lanzamiento de la que trae entre manos (que es mucho mejor, que el público querrá comparar con la que va a salir apócrifa previamente, que el autor avala con su nombre conocido y acreditado por ser el mismo que escribió la original y que el de la espuria es un escritor ignoto).
- 12.- Escribir la avellanada, su tiempo, su trabajo y su dinero le había costado y no es cosa de desaprovecharlos.
- 13.- Un prólogo adecuado inclinará al público a su favor. Haciéndose el mártir atropellado ha de mover si no a compasión si a simpatía por él.
- 14.- Le viene para ello muy bien el prólogo que había escrito a su Primera parte y los versos de la academia puestos al final y aunque escritos con la intención que entonces tuvo pueden, ahora, hábilmente manejado todo, serle de gran provecho. Si había asomado la oreja contra Lope en el primer prólogo, ahora lo ensalzará en los otros dos.
- 15.- Hay que manejar con extraordinaria pericia el asunto, causando la impresión que más conviene a su propósito: el seudónimo apropiado; cómo y cuándo se da por enterado; un prólogo ofensivo y otro, éste con su firma, defensivo; unas alusiones fenomenalmente calculadas; unos descargos para el «monstruo» Lope. En fin, toda una farsa extraordinariamente bien montada, con la que no ofende a nadie, a nadie roba nada, con nadie se enemista y los palos que a sí mismo se administra no le van a doler.

Indicios:

- 1.- Avellanada tarda 8-10 años en escribir (editar) la continuación.
¿Al cabo de tanto tiempo se le ocurre venir a considerarse ofendido y tomar venganza?
- 2.- La avellanada viene a aparecer cuando Cervantes ya está terminando la buena; éste había avisado (prólogo Novelas Ejemplares: julio 1613) de estar escribiéndola. ¿Iba a ser a partir de saberlo cuando un real Avellanada tomara la pluma?; parece poco tiempo y no creo que la hubiera comenzado con anterioridad.
- 3.- En la mala no se dice nada contra Cervantes, autor de la Primera parte que Avellanada continúa.
- 4.- Es en prólogo del de Tordesillas, —que se puede escribir ahora—, donde aparece el ataque que Cervantes a sí mismo se administra, decidido ya a la publicación de la novela espuria.
- 5.- Cervantes «empalma» la buena con la mala a partir del LIX de su Segunda parte, haciéndose el ignorante y cuando es sobradamente consciente de lo muy bueno que lleva escrito.
- 6.- Contradicciones en Avellanada que ha sido insultado (sinónimos voluntarios) y por tanto debe ser conocido por Cervantes. ¿A qué, pues, las precauciones que toma, el seudónimo, la protección que pide (dedicatoria), etc. si D. Miguel sabe de quién se trata? Sería ilógico pensar que insultador e insultado no se conocen.
- 7.- No hay temor a que le reste ingresos. El autor de las dos es el mismo. Lo que pudiera perder Cervantes con su segunda parte se compensaba con lo que le produjera la falsa. Pero según los atinados cálculos de D. Miguel, no le detraería ingresos sino que la falsa promocionaría la venta de la verdadera. Cervantes sabe la gran diferencia que hay entre las dos a favor de la que él firma.
- 8.- ¿Cómo iba a saber un real Avellanada que se trataba de Argamasa, si Cervantes en ningún momento lo declara ni en la novela ni fuera de ella? La solución que éste toma, en la falsa, es colgar-

le la «patria» a «el Argamesilla» que, precisamente, no era muy probablemente ninguna de las dos existentes como demuestra con los «adornos» falsos que en la dedicatoria le prodiga y así aumenta la confusión sobre el lugar de la Mancha. ¿Quién era un quidam de Tordesillas para tomarse tales atribuciones? Si era Cervantes, dueño y señor, se las podía permitir.

- 9.- Secreto del seudónimo. Si se hubiera tratado de un enemigo cierto de Cervantes, se habría sabido el nombre, bien porque el propio tapado lo hubiera, con mayor o menor discreción, pero insuficiente en todo caso, revelado, bien porque habría sido descubierto por Cervantes o sus amigos indagando entre los «posibles». El despiste de todos, en cambio, fue absoluto. Cervantes sabía muy bien quién era Avellaneda y no hace nada por descubrirlo.
- 10.- La salida a Zaragoza no fue un robo que aprovechara Avellaneda, sino verdaderamente el proyecto cervantino anterior llevado a la práctica.
- 11.- También, como en otras ocasiones, recurre a las «memorias», etc. de la Mancha que debía creer daban a la historia un cierto empaque de verosimilitud.
- 12.- Las dos (Primera parte y avellanada) terminan con los mismos versos del Orlando.
- 13.- El que muchos pueblos se lo ahijaran, desco común a los dos.
- 14.- Alisolán era, en principio, Cide Hamete al que Cervantes tacha y cambia el nombre para hacer pasar así mejor sin sospechas el engaño.
- 15.- Muchas aventuras del de Avellaneda (IV y V, por ejemplo) son de trazo cervantino. Cervantes se deja ir con el cuento, —posibilidad creíble—, de que el de Tordesillas lo imita y no hay tal imitación: la factura en ambos casos es del mismo.
- 16.- Hay muchas palabras de Cervantes que figuran en el de Avellaneda (segundar, etc.). No es que Cervantes mantuviera la exclusivi-

dad de uso sobre ellas, naturalmente; pero el hecho puede dar que pensar.

- 17.- Avellaneda se parece en su escritura más a Cervantes que a ninguno de los autores con los que, presuntamente, se lo identifica. Y ello, a pesar de que Cervantes manipulara un tanto los textos para que después pudieran ser atribuidos a otro, al intruso. ¿No es, precisamente, Cervantes quien sugiere lo del aragonésismo de Avellaneda orientándonos en esa interesada dirección?, ¿no es pobretona la razón de la falta de artículos? Los «plagios» que Martín de Riquer ha encontrado no son tales (¿Cervantes plagiando a su enemigo?) sino formas usuales en D. Miguel que se expresan en las dos novelas como escape normal del autor y que, luego, no percibe o no se molesta en corregir. Como las equivocaciones que el citado cervantista comenta y que son unas más de las múltiples que el propio Cervantes comete en su propia declarada obra. Como el caso de D. Álvaro Tarfe, personaje cervantino que no precisa robar al intruso puesto que es suyo propio, de su creación.
- 18.- La academia, los versos, el prólogo primero, tuvieron ciertamente su intención prístina, intención que después le vino de perlas y aprovechó astutamente. Cervantes es un consumado comediante que monta extraordinariamente bien la farsa. La novela de Avellaneda es un personaje más de la obra cervantina que D. Miguel introduce en ella y que de ella sale, se pierde, sin que conozcamos su real identidad pero que tiene en ella su papel.
- 19.- Avellaneda pasa de lo que parecen, tal vez, sólo alusiones literarias a él referidas a un brutal ataque personal contra D. Miguel; las consecuencias (respuesta) vienen a resultar desmesuradas respecto a la inconcreta causa que las provoca (sinónimos); se excede. Frente a lo vago que el de Tordesillas nos dice haber recibido y que no sabemos bien qué es, responde de manera brutal e insul-

tante. ¿Qué y de qué calibre, era lo que Cervantes manifestó de él, para merecer tal réplica? Detracciones, sinónimos voluntarios, ataques a Lope, pero ¿qué específico? Su contestación, desde luego, no parece la más idónea en pluma de un religioso como algunos pretenden que Avellaneda sea. ¿No entra todo ello en la «puesta en escena» que Cervantes monta? Ya Avellaneda empieza su prólogo con estas palabras: «Como casi es comedia toda la historia de Don Quijote de la Mancha...»; titula su obra, por segunda vez, de tal: «la presente comedia». ¿No formaba Avellaneda parte del elenco?

20.- ¿Y la simple justificación que Avellaneda da sobre su novela apócrifa?: «que nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos». Es la justificación, el achaque, que Cervantes se busca y alega: en su réplica prologal no hace alusión alguna a ello; ¿cómo la iba a hacer si es él mismo quien usa el procedimiento?

21.- Avellaneda imita la Primera parte de D. Miguel. Pero es que Avellaneda viene a coincidir con el también en la posterior Segunda de éste. ¿Cervantes plagiando a Avellaneda? No: es que son el mismo. Martín de Riquer, incluso, coteja a doble columna dos pasajes evidentemente similares: ¿plagio? No: el mismo autor.

La caperuza de Sancho, referida a menudo por Avellaneda y que en Cervantes viene a aparecer en su cap. LXIX ya al final de su Segunda parte, ¿plagio? No: es que el autor es el mismo.

E igual se diga de las aventuras del retablo de maese Pedro, de la cabeza parlante y de la carta de Sancho a su mujer que, originarios de Avellaneda, Cervantes pule y mejora notablemente, no plagiando lo que es suyo sino engrandeciéndolo.

22.- Avellaneda mantiene el procedimiento de la Primera parte de colocar narraciones ajenas a la obra (el Rico desesperado y los

Felices amantes). No es que continúa a su modo la historia: es que sigue el mismo método al hacerlo.

23.- Avellaneda sustituye a Cide Hamete por Alisolán al comienzo de su obra. Pero la explicación es sencilla: Cervantes (Avellaneda) empezó ese primer capítulo con Cide Hamete como el historiador y si lo hubiera mantenido se habría si no delatado si hecho sospechoso; era muy fácil tachar el nombre del historiador arábigo manchego, cambiarle el nombre y hacerlo descendiente de los moros de Aragón, para lo cual inventa un párrafo entero que encabeza el capítulo y terminado en «ditee desta manera», para diferenciarlo del «cuenta Cide Hamete...» que dejó para el comienzo de su verdadera Segunda parte. Avellaneda no vuelve a citar ni a acordarse más del tal Alisolán, suprimiendo así totalmente a Cide Hamete al que, probablemente, Cervantes (Avellaneda) tacha del papel en cualquier otra ocasión en que tal vez figurara (Cap. XXV de Avellaneda: coplas «de la historia de nuestro ingenioso hidalgo, la cual traduzco»). La buena importancia de Cide Hamete se la reserva Cervantes para su Segunda parte; era anterior a Alisolán que vino a sustituir a aquél. Cervantes firmando como Avellaneda eliminó al historiador de los cartapacios, y aún a su sotas al que sólo citará una vez en la obra apócrifa.

Justificaciones

Cervantes, en la simulación que lleva a cabo con su alter ego (Avellaneda) trata a éste con relativo comedimiento. Cuando en el capítulo LIX hojea el libro del intruso y en lo poco que ve, observa tres cosas (algunas palabras del prólogo, el lenguaje aragonés y que llama a la mujer de Sancho Mari Gutiérrez); dice Luis Rosales («Cervantes y la libertad», Madrid 1960): «Al llegar a este punto no salimos de nuestro asombro, pues Cervantes no hace crítica alguna. No levanta la voz. El tono de su réplica es mesurado, displicente y burlesco...Cervantes sonríe y calla...Las

palabras de Don Quijote son una carcajada cervantina y no un razonamiento...». Y en el capítulo LXI, la entrada de Don Quijote en Barcelona: «Bien sea venido el valeroso Don Quijote de la Mancha, no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores»; «estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aún la del aragonés recién impresa». No lo ataca: se limita Don Quijote a llamarle aragonés y a afirmar que los verdaderos Don Quijote y Sancho son ellos y no los de Avellaneda. De las expresiones que Cervantes usa contra Avellaneda ya hice mención más atrás: ataca pero comedidamente, se defiende pero sin excesivo entusiasmo, condena pero sabiéndose él reo, eondecieniendo con él como con una cierta complicidad, presentándose a «la galería» como la parte doliente a la vez que magnánimamente triunfadora: la representación es buena, el nudo de la trama genial, el desenlace, —acorde con su propósito—, fantástico. ¿No es altamente sospechoso que Cervantes no se tenga por agraviado?

Se autoacusa. Se manifiesta afligido, grandemente afligido, por encubrir su nombre, fingir su patria, sin salir a campo abierto y al cielo claro. «como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad» que seguramente era el escrúpulo que sentía y el juicio que de sí mismo probablemente tenía. Todo ello compensado en su fuero íntimo con el convencimiento de no haber hecho daño a nadie en particular, de no haber administrado palos sino a sus propias espaldas, de no haber injuriado a nadie que no fuera él mismo.¹⁷ ¿Culpa? No: entra todo en la comedia, es pura ficción literaria. ¿Burla? No: es un secreto que queda sin desvelar en la tramoya. Tal vez sea la mejor comedia de Cervantes: es introducir el teatro en la novela. Vamos, como si de una simple travesura o genialidad

¹⁷ Don Miguel nos dirá (en referencia a D. Antonio Moreno) que «no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero» (LXII). La avellanada cervantina fue una burla, un pasatiempo sin daño a nadie; no había ningún tercero a quien dañar.

se hubiera tratado. ¿Y qué otra cosa fue?, ¿un engaño? Pero si ya toda obra de ficción lo es y lo que él hizo no fue otra cosa que incorporar a Avellaneda, como personaje, a la farsa. A lo mejor Cervantes desde allá arriba, está disfrutando en la gloria de este embrollo que los de aquí abajo sostienen desde hace tantos años y montado por él en su origen.

Se disculpa por la mala, —o menos buena—, obra que resultó. ¿La escribió aprisa?: harbar, harbar; imperfecta por haberse hecho aprisa (Segunda, IV): su resfriado ingenio (¿estuvo enfermo en la época en que la escribió, o atosigado por otros menesteres más perentorios?);¹⁸ escribió a lo que saliere (pluma de avestruz); no son el Quijote y Sancho que debían ser, como fueron luego; no la obra que él sabía que podía y debía crear y que creó.

Avellaneda (Cervantes) era consciente del valor de lo que había escrito, se consideraba importante hasta el punto de que «quitaria ganancia» a Cervantes, no sólo venía a considerarlo su igual: ¡es que eran los dos el mismo!

Que Cervantes no recuerde bien momentos, personas, lugares (como muestra Avellaneda) no es novedad en él: el rucio de Sancho, el nombre de la mujer de éste, etc. Cervantes pasa sobre ello como si tal cosa y sin volver la vista atrás. Un real Avellaneda no habría hecho tal, antes al contrario: se habría cerciorado, previamente o postscriptum, de la justicia del nombre, de la verdadera circunstancia y habría aparecido en su obra correctamente expuesto. Estos errores son corrientes en Cervantes, más propios de éste que de un real Avellaneda que se basaba en el texto cervantino que tal vez tenía delante. Prueba de ello es que en su propósito de ocultar o disimular tenía bien decidido lo de Argamesilla, que mantiene siempre, pero se le iba el santo al cielo en alguna ocasión (cinco) con el artículo y se le escapaba el «a» Argamesilla; y no se preocupó de

¹⁸ Se han estudiado las relaciones con Lope (1604); proceso por la muerte de Ezpeleta (4.1605); traslado a Madrid, (llo con motivo del matrimonio de su hija Isabel de Saavedra, viuda, con Luis de Molina y la «protección» de Juan de Urbina (1608); cambios de domicilio, etc.

corregirlo puntualmente: entraba en su juego de confundir y, después de todo, el tema no le importaba gran cosa pues el que se iba a equivocar no era él sino Avellaneda.

La dedicatoria de Avellaneda es una terminante declaración de Cervantes como el autor de esa segunda parte que se convertiría en «falsa» por propia voluntad de D. Miguel para dar paso a la que él firmará con su nombre. Veamos:

Pide protección al libro por parte de unas autoridades y villa inexistentes. ¿Qué personaje real, importante, había de prestar tal protección a una obra apócrifa?

Pide protección al autor por parte de los mismos e igual digo. Alega el celo que ha puesto en escribir el libro y el trabajo que le ha costado.⁽¹²⁾ Son los merecimientos que alega y, a la vez, manifiesta el miedo que tiene: el «peligro a que su autor se ha puesto» al saerlo al público y el haberlo escrito «contra mil detracciones». ¿Y qué detracciones eran esas si el autor es un desconocido? ¿Y qué peligro corre, amparado bajo un muy bien guardado seudónimo? Cervantes, ciertamente, había sufrido infamias, deshonras, insultos, de los que, mejor o peor, había conseguido salir (como recaudador, como excomulgado, como presidiario, como hermano, —y según algunos cómplice—, de sus hermanas, como esposo un tanto especial, como poeta, etc). Cuando escribió esta falsa segunda parte lo debió hacer sumido en toda esta balumba de cosas (y quizá ese fue el motivo de que la obra le saliera como le salió: áspera, un tanto grosera, disparatada, etc. aunque todo ello quisiera taparlo, voluntariamente, con esa religiosidad que exhibe). Quizá las «mil detracciones» de que en la dedicatoria habla vengan referidas a los avatares por los que en su vida atravesó. Y el «peligro» era cierto: un Avellaneda cualquiera, real, no vendría expuesto a él; Cervantes, en cambio, si se descubría su juego, su propia suplantación, su intento de colar la obra anteriormente escrita

cuando se preparaba a lanzar la nueva en sustitución de aquélla, habría sido la rechifla en el mundillo de las letras, su descrédito y tal vez algo más. No era el temor al público, sino a «ponerlo» ante él; el público para Cervantes, por muy toro indómito que fuera, era de sobra conocido y a él con éxito ya se había enfrentado en otras ocasiones; no era, por tanto, el público quien lo preocupara, sino la ocasión presente, el arriesgado juego escénico que había montado y en que se había embarcado para el lanzamiento de la obra apócrifa. Lope, —¿sabía, sospechaba, algo, le concedió alguna importancia, se había reconciliado con Cervantes?—, no se dio por enterado, «pasó» del evento y punto. Y otro tanto hicieron los literatos a él allegados. El invento prosperó y Cervantes no salió «tocado».

Pide perdón a Avellaneda, esto es, por su avellanada. A nadie más, excepto a Sancho, se lo pide. Y lo hace, además, encarecidamente.

Se autoabsuelve. En su prólogo segundo se dirige, astutamente, al lector que ahora no debe parecerle toro indómito, sino más bien vulgo domesticado, público adicto e inocente.

En su testamento dice: «Parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo (a Avellaneda) para escribirlos (los disparates de la obra espuria)» ...¿Qué motivos le había dado, las detracciones, los sinónimos? También se había referido a otros y no por ello habían escrito segundas partes: ¿el anunciar la tercera salida a Zaragoza? ¿Fue una noticia adelantada de la que, ¡qué casualidad! sólo Avellaneda se vino a aprovechar?

Distanciado ya de Don Quijote, Don Alonso (¿D. Miguel?), se muere en olor de bondad y cordura, apartado del esperpento avellanésico y da así por terminada la obra, cerrada ya con imposible continuación.

Pasos de la maniobra

¿Tenía ya in mente o en gestación la quinta parte y en previsor y tempranero adelanto de su proyecto avellanésico, agregó el pegote de la cuarta (poetastros, academia, anuncio de tercera salida, etc.)? No. Debí escribir-

¹² Cuando en su dedicatoria Avellaneda se refiere a su libro no dice que sea su autor (que lo haya escrito), lo que manifiesta que «lo ha trabajado» y pone bajo la protección manchega de sus mercedes, a la par, el libro y el celo con que lo ha hecho (trabajado) y el peligro que le ha supuesto.

la de buena fe; le salió como le salió, (por su débil inspiración, por motivos de salud, ocupaciones extraliterarias, eventos familiares o lo que fuera) y no le gustó. Y probablemente no le gustara por darse clara cuenta de que desperdiciaba la ocasión de hacer una cosa grande y no simplemente una obra cómica; sus personajes tenían otras posibilidades que debieran ser aprovechadas, y él se sentía capaz de acometer tal empresa. Quizá la factura literaria de lo que había escrito no le desagradaba pero sí el desarrollo de sus personajes y la frustración de unas posibilidades malbaratadas. Por eso no la tiró, la guardó. Tal vez empezara a escribir la soñada gran obra, su verdadera Segunda parte, aunque de forma no continuada, dedicándose a la par a otras más menudas. La avellanada debió ser temprana, a seguido de las cuatro partes publicadas. La idea de inventarse su puesta en circulación, el seudónimo, su prólogo, debió ser tomada tardíamente y cuando ya contaba con gran parte de la buena escrita.

¿Y cómo llevar a ejecución el engaño? Necesitaba un editor y vino a busearlo y encontrarlo en Tarragona. ¿Probablemente autor y editor confabulados y tal vez amparados por un protector poderoso? ¿Cabría la posibilidad de que Cervantes se la diera al editor desentendiéndose del ulterior desarrollo de la cuestión que quedaría exclusivamente en manos del de Tarragona, aprobación por un amigo en el Arzobispado, colocación oportuna de aragonesismos, etc.?).

El canónigo y vicario general de la Santa Iglesia de Tarragona, Dr. Francisco de Torme y Liori que parece debiera ser el encargado de leer y sancionar el libro, delegó en un presbítero, doctor en teología, recién llegado, Rafael Ortoneda, que fue quien firmó de su mano el 18.4.1614 que el libro de Alonso Fernández de Avellanada «le parece que no contiene cosa deshonesta ni prohibida por la que no se deba imprimir y que es libro curioso y de entretenimiento». Y en vista del informe, el vicario, por el Sr. Arzobispo, otorga licencia para imprimir y vender el libro en aquel arzobispado el 4.7.1614. ¡Qué diferencia con los trámites seguidos y permisos concedidos para Cervantes en su Primera y Segunda partes! En Tarragona el expediente es ligero y escueto: ¿manga ancha?, ¿amistad?, ¿farsa?

El nombre del autor, Alonso Fernández de Avellanada, licenciado, natural de Tordesillas: ¿qué acreditación presentaría, o no era necesaria?; de él no se hace semblanza alguna; ni se supo quién era entonces ni hoy se conoce.

Ha habido que hacer, quizá, al efecto algunas modificaciones en el texto, aragonesismos, etc. para que el intento «euele» sin una posible atribución a nadie conocido u original de un autor nuevo.

¿Se intentará una segunda edición en Barcelona (visita a la imprenta)? Lo cierto y verdad es que habrían de pasar casi 120 años (1732) para que se reedita; luego hubo otras en 1805, 1851, 1884, 1902...; a lenguas extranjeras se tradujo antes: francés 1704, inglés 1705, neerlandés 1706, alemán 1707.

¿Por qué no se reeditó? ¿Quién, muerto Cervantes, o el editor, podía tener interés en ello? La comparación con la Segunda parte de D. Miguel no le resultaba favorable, pero no era tan desdeñable como para que no se reeditara.

La reimpresión de 1732 la pide, hace, corrige y añade D. Isidro Perales y Torres, racionero de la Iglesia de Teruel a cuya costa se hará la nueva edición.

Avellanada versus Cervantes

1.- En el texto de la novela

Hay sólo una ocasión en que puede verse una alusión a Cervantes: Cap. XXXI, refiriéndose al antiguo amor de Don Quijote por Dulcinea: «... (por la cual) tan áspera penitencia hiciste (D.Q.) en Sierra Morena como se cuenta en no sé qué anales que andan por ahí en humilde idioma escritos de mano por no sé qué Alquife, cuya fama anda esparcida por las cuatro partes del mundo?». (Parece escrito por el propio Cervantes). Más que un desdoro para Cervantes hay que tomarlo como una alabanza para él, para los anales, para el idioma en que se escribieron, para su universal

fama y la alusión a «no sé qué Alquife» (cervantino totalmente) un alarde insípido. Y otra, ¿irrelevante, insultante?, sobre un plumaje de dos elevadas plumas con que algunos («se fortifican en el castillo de San Cervantes» (cap. IV).¹³)

2.- En la dedicatoria

- a). Portada. La dirige, sin más, a Alcalde, Regidores y hidalgos del Argamesilla. Califica a el Argamesilla de noble villa y patria feliz del hidalgo, al que llama caballero Don Quijote de la Mancha. El pueblo viene mal citado en artículo y diminutivo de mesa. No había un alcalde sino dos. Llama al pueblo villa y noble. Lo de patria feliz se debería a la fama de su notable hijo; ¿y qué felicidad podía proporcionarle el personaje al cual denigra, convierte en loco de manicomio y ridiculiza en bunda caricatura?: no era, pues, sujeto del que presumir. Le mantiene el título que Cervantes había dado al protagonista.
- b). En el texto. Al Argamesilla lo apellida aquí «de la Mancha». Don Quijote, aquí, no es de la Mancha sino «lustre de los profesores de la caballería andantesca».

Parece que lo original sería el texto; la portada se debería al ilustrador de la imprenta. (Ver cuanto se ha dicho antes sobre la protección que para autor y libro pide; las detracciones que ha sufrido; el trabajo que le

¹³ Referencia al Cervantes, de cirvo, convido, más gracia de sal gruesa, imperioso, ocasional, que dirigida intencionalmente a D. Miguel, lo que resultaría de una bajeza inaudita en Avellaneda.

También se han querido encontrar posibles alusiones en su cap. XXXVI, cuando el director de una compañía de teatro dice: «... sólo tengo librados mis encantamientos para hacer mal a quien yo me sé». ¿Referencia al fracaso de Cervantes para ver representadas sus comedias? Y en el XXXVI, cuando un loco toledano haciendo alarde de sus donas, dice ser «... en todo el primero». ¿Referencia a la afirmación de Cervantes en el prólogo de sus *Novelas Ejemplares* de «ser el primero que ha novelado en lengua castellana»?

Y quizá algunas otras que tal vez no sean, todas, más que coincidencias a las que se los quiera sacar punta en alarde erudito.

llevó; el peligro a que se ha expuesto; que si antes los he referido a Lope, ahora son aplicables de lleno al propio Cervantes convertido en Avellaneda).

3.- En el prólogo

Avellaneda no dice que Cervantes lo acuse de nada en concreto: no sabemos exactamente el por qué de su revancha; más puede parecer un abogado mequetrefe de Lope. En cambio él ataca descarada y despiadadamente a Cervantes. ¿Cuáles eran los motivos de su resentimiento?: «agresor», «tomó por medios el ofender a mí», los «sinónimos voluntarios»; concretamente, como vemos, nada y si acaso existía algo lo debía saber sólo Cervantes, el lector desde luego no.

Dice ser «menos cacareado y agresor de sus lectores» que el primero de Cervantes. ¿Cacarear quiere indicar exagerado a su favor? ¿En qué y cómo «agrede» Cervantes en él a sus lectores? ¿No es todo ello una flagrante falsedad?

Y «más humilde que el que segundó en sus Novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas». ¿No parece todo ello más valoración exaltadora debida al propio Cervantes?, ¿no estará éste manifestando su propio juicio e intención preterita al respecto? El propio Cervantes agradece en su segundo prólogo lo que sobre las *Novelas Ejemplares Avellaneda* ha dicho. ¿No es lo escrito por el de Tordesillas autobombo, complacencia y propaganda, incluso, de D. Miguel?

«No le parecerán a él (Cervantes) ingeniosas las razones de esta historia». ¿No estará, efectivamente, D. Miguel confesando aquí su propio descontento ante la historia que presenta?¹⁴

¹⁴ Ejemplos de la opinión que le merecía la confrontación de las dos novelas (hay muchas más):

Don Quijote se queja: «Retráteme el que quisiere, pero no me maltrate...»

Don Jerónimo a Sancho: «Pues a fe que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra; pintos comedor y simple y monada gracioso y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe».

«Historia que se prosigue con la autoridad que él la comenzó». Pero, ¿qué autoridad tenía sobre ello un tal Avellaneda? La única autoridad para proseguir la historia es la de Cervantes: el intruso carece de ella, es un aprovechado que hasta oculta su nombre. Si Cervantes y Avellaneda son la misma persona, claro que éste podía proseguirla con igual autoridad y derecho. ¿No nos está haciendo Cervantes aquí una escondida y sutil confesión?

«Y con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron». ¿Qué quiere significar con la palabra «copia»? ¿acción de copiar, —que es lo que básicamente Avellaneda hace—, la obra cervantina de la que se apropia personajes, intención de ir a Zaragoza, ejercicio andante y aventurero, etc.?

¿Abundancia de fieles relaciones (las «memorias» manchegas), fuente documental que Cervantes ha dicho haber usado y que ha prometido seguir usando? ¿Y cuáles son las «fieles relaciones» sino las que Cervantes había obtenido buscando? Avellaneda no busca: sólo al final de su obra viene a hacer alusión a ellas.

¿Achaque oportunista para, citando «su mano», arremeter contra la manquedad de Cervantes?

«Hablando tanto de todos». ¿A qué o quiénes se refiere con ese «todos»?

«Como soldado tan viejo en años como mozo en bríos, tiene más lengua que manos», lo que contrariamente a lo que parece pretender Avellaneda, es un reconocimiento a los méritos de Cervantes.

Sobre «la ganancia que le quito de su segunda parte», ya he hecho antes comentario. Visto aquí, más parece que Cervantes (Avellaneda) tiene ya efectuados sus cálculos sobre el particular y sopesado el más que probable beneficio que le había de proporcionar, que no perjuicio.

Los años y la manquera son dos cosas que Cervantes (Avellaneda) trae muy oportuna y astutamente al prólogo para lucirse esplendorosamente luego cuando conteste. Sería de una bajeza y ruindad inadmisibles la presunta intención descalificadora de Avellaneda en esta ocasión y, desde

luego, y por muy ofendido que pudiera sentirse, poco creible que un escritor de mediana talla recurriera a tal exabrupto.¹⁵

El fin que Avellaneda confiesa es «desterrar la pernicioso lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa». Es la misma intención de Cervantes, aunque a pesar de ella D. Miguel haya librado de la quema alguno por sus méritos exclusivamente literarios.

Avellaneda utiliza para su propósito «diferentes nudos» a los de Cervantes, pues éste «tomó por tales el ofender a mí». La acusación es inconcreta, vaga y que si no pasa de esas palabras que escribe es dudoso que nadie pueda tomarlas en consideración: achaque, pues, con poca consistencia y de dudosa credibilidad. «A mí»: ¿pero quién es él, si oculta su nombre? Para que la acusación pudiera prosperar son precisas dos cosas, el nombre del ofendido y los términos de la ofensa, y de ninguna de ellas hay constancia. El achaque, el cuento, el invento, es pues evidente; y aunque nos resulte ingenuo, ¡qué bien le viene a Cervantes para su ulterior propósito!

Pero es que, además, las ofensas eran ya antiguas (entre el Quijote primero de Cervantes y el de Avellaneda median 8-10 años), ¿y tanto tiempo había tenido guardadas el de Tordesillas en su recámara las que ahora pretende contrarrestar o vengar?

Pero es que la lógica falla estrepitosamente: si Cervantes lo ofendió, sería con conciencia de ello, es decir, conociendo a quien injuriaba o agravaba, con lo que el seudónimo ocultador carece de sentido por ineficaz. Si es que Cervantes iba prodigando a troche y moche descalificaciones, alguna de las cuales alcanzó a Avellaneda, tampoco habría sido difícil al alcalaino averiguar de quién se trataba. Si D. Miguel conocía al tal Avellaneda y se calló podemos pensar en estas variables:

- a. Era un personaje poderoso con el cual enfrentarse pudiera ser arriesgado. Y dentro de ese «poderoso» incluyo: Algún noble o influyente señor capaz de acarrear a Cervantes perjuicio econó-

¹⁵ Seguramente lo indispodría con los lectores: éstos no aprobarían la malévola y estúpida acusación.

mico, judicial o de cualquier otro tipo; algún eclesiástico o perteneciente a la Inquisición lo que sería un blindaje contra el que D. Miguel poco habría podido; algún paniaguado, bien guardadas sus espaldas por un «monstruo de la naturaleza» o similar.

- b. Un sujeto que, aun usando el seudónimo, era un simple quidam, un tal, que sólo mereciera desprecio o ignorarlo.
- c. El propio Cervantes que incorporaba el intruso de su invento a su juego y esto, tal vez, sea lo cierto.

Las ofensas a Lope en el prólogo primero, es cosa admitida. Pero sobre este particular cabe pensar:

- a. Las relaciones entre los dos genios habían pasado por alternativas diversas. Aunque Cervantes no era santo de la devoción del Fénix, se habían ambos sufrido con mejor o peor talante y de sus desavenencias no habían surgido consecuencias prácticas de importancia, ¿por qué habían de surgir ahora? Bien es verdad que en el prólogo de Avellaneda se exaltan sus méritos aunque Cervantes tampoco era un don nadie a quien venir ahora a zaherir; se le recuerda subrepticamente a D. Miguel la condición de Lope de familiar del Santo Oficio que como ya he dicho era un fenomenal arropamiento y una condición muy a considerar por cualquier enemigo.
- b. No parece admisible pensar en que un Avellaneda tan devoto del admirado «jefe» se mostrase tan forofó y servil como para llegar al arriesgado insulto personal y al enorme esfuerzo de escribir todo un extenso libro en descrédito del Cervantes adversario en literaturas de Lope.
- c. Es mucho más simple pensar en Cervantes montando el tinglado y especialmente si observamos la punta de ironía que se desprende de lo que afirma sobre «la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar», conocidas de todos vida y andanzas del recientemente ordenado Lope de cuya lim-

pieza habría sido más prudente que su incondicional no hablara; bien es verdad que textualmente es un futuro («se debe esperar»): a lo mejor de su nueva condición surgía la enmienda.

A las «simplicidades de Sancho» les da Avellaneda categoría de entremeses (entremesar). ¿No se está Cervantes (Avellaneda) lamentando del papel que en la espuria segunda parte ha hecho representar al escudero?

Avellaneda «huye de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios». Parece que el ofender a alguien y el hacer ostentación de sinónimos voluntarios son dos cosas distintas, aunque la intención venga a ser acumulativa. Es quizá abusivo entender que Avellaneda haya sido ofendido y objeto de parecidos o semejanzas por parte de Cervantes si nos atenemos rigurosamente al texto, pero así viene generalmente admitido por todos, yo creo que excediéndose basados en la continuación: «si bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero». Pero esta continuación que entrecorrimos es una falsedad, al menos por lo que leemos en su prólogo: hace muy bien lo primero, ofender, y asimismo lo segundo, la ostentación de parecidos. Y por si era poco, viene como a quitar importancia a lo dicho cuando agrega a seguido «sólo digo que nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte...» cambiando bruscamente de tema.

El que verdaderamente no vuelve, —al menos ostensiblemente—, a ofender es, precisamente, Cervantes en su prólogo contestación de su Segunda parte en el que aguanta el chaparrón con su no alusión a los insultos recibidos o con su delicada defensa de los agravios a él dirigidos.

En cuanto al «espanto» no admisible de la continuación por autor diferente, es, precisamente, la baza que Cervantes juega y los ejemplos que aduce (podría haber citado algunos más) le vienen como anillo al dedo (uno de ellos se refiere a Lope).

Después sigue con la ristra de insultos y sinónimos: viejo como el castillo de San Cervantes, mal contentadizo, todo y todos le enfadan, falta de amigos, sin personajes nobles que quieran adornar sus libros con sonetos, envidioso (con los hijos de la envidia: el odio, la susurración, la

detracción del prójimo, el gozo de sus pesares y pesar de sus buenas dichas), expresidiario (por lo que su Primera parte del Quijote está tiznada de hierros, —yerros—, quejosa, murmuradora, impaciente y colérica); ¡y eso que no quería ofender a nadie...!

Y luego nos dice de algo que diferencia la segunda parte apócrifa, la suya, de la Primera cervantina: el opuesto humor que los dos autores han tenido. El mismo autor, Cervantes, viene a confesar el distinto humor que lo embargó en las dos diferentes ocasiones en que sobre el Quijote había escrito hasta entonces y que luego en su auténtica y oficial Segunda parte llamará «resfriado ingenio», «pluma de avestruz», «escribir a lo que saliere», etc. reconociendo la inferior valía de la que atribuirá a Avellaneda, aunque quiera justificarse un tanto diciendo que «en materia de opiniones, en cosas de historia, y tan auténtica como esta, cada cual puede echar por donde le pareciere» que es tanto como venir a confesar que se equivocó escribiendo la que le colgó al de Tordesillas y quiere culpar, en puro disimulo para la galería, al montón de papeles leídos y no leídos precisos para componerla.

A pesar de todo quiere salvar el libro: «no enseña a ser deshonesto sino a no ser loco» y no retrató a Don Quijote y Sancho como viciosos sino con buenos deseos.

Hay a continuación del prólogo y antes de empezar la novela un soneto de «Pero Fernández» (inspirado en el de Solísán a Don Quijote de la Mancha del comienzo de la Primera parte: muy bien pueden ser atribuidos los dos a la misma pluma) que en el último verso del segundo cuarteto nos dice de los hechos (eseondidos en libros mudos) «que se han visto de Illescas hasta Ollas», en el Camino Real de la Plata frecuentado por Cervantes y muy próximo a Esquivias donde casó y vivió, curiosa coincidencia también y que a un ajeno Avellaneda debía interesar muy poco, pero a Cervantes tal vez más que el mal nombrado Argamesilla.

Consciente D. Miguel de que alguien, por referencias geográficas, la academia, quizá algún detalle que presumiera haber dejado como cabo suelto, viniera a dar con Argamasilla, —la que fuera—, se inventa, al

hacerse pasar por Avellaneda, lo del inexistente Argamesilla (en realidad Esquivias) pretendiendo así mantener la confusión y el secreto y continuar con su intención primera, y sostenida, de despistar.

Cuando al final, refiriéndose Cervantes a la patria de Don Quijote, viene a compararse con Homero y las ciudades que contienden por ahijárselo, es muy consciente de la real importancia de la obra que ha escrito y del renombre que alcanzará. Pretensión que habría sido estúpida en Avellaneda.

Las referencias a su propio falso Quijote son asombrosas: «Su San Martín le llegará a cada puercos», «el escritor que sacó a luz este nuevo Don Quijote escribió a lo que saliere», «el autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí», que «perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe», etc. Más son su juicio sobre su propia obra que considera, si no mala, medianeja; pero nunca deplora su aparición y hasta con mansedumbre asiste, —¿en su descao?—, a una posible reedición (que no llegaría).¹⁶

Para mí el prólogo de Avellaneda encierra la sutil confesión de la autoría cervantina de la avellanada y cuanto más, —abstraído y con los ojos cerrados—, lo considero, más posible me parece.

Y esto es lo que viene a sacarse ¿en claro? de Avellaneda. ¿Por qué no pueden ser la misma persona Cervantes y el «diciado de Tordesillas Avellaneda»? Las razones eruditas, lingüísticas, etc. tienen su indudable altísimo valor; pero a lo mejor esos caminos seguidos, alambicados y contradictorios, no sean los idóneos para llevamos al convencimiento: tal vez sea más sencillo el método de una investigación detectivesca guiado por la simple lógica.

¹⁶ Capítulo LXII, visita a la imprenta en Barcelona.

Cervantes versus Avellaneda

El prólogo de Cervantes.

Viene Cervantes a contestar el prólogo de Avellaneda con el suyo de su Segunda parte.

Observemos que Avellaneda no dirige el suyo a nadie: ¿pudor, escúpulo? Lo lanza, sin más, al aire: no quiere engañar, en mano a mano, al lector; si alguien se engaña será porque quiera, porque bajo su propia responsabilidad se decida a creer.

No ocurre esto en el de Cervantes en su Segunda parte. Se dirige al lector y le va a decir, personalmente, algo, a comunicarse directamente con él; pero es pura comedia. A pesar del título, —prólogo—, es más la escena previa, primera, del espectáculo, ya dentro de la obra. No quiere seguir los posibles deseos que en el lector hayan podido surgir tras las manifestaciones avellanescas: «No le va a dar ese contento». (¡Pues estaría bueno!).

Y le cuenta lo de «hinchar el perro». «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?».

Y luego lo del podenco. «Este es podenco: ¡guarda!». Y así este historiador «no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en libros que, en siendo malos, son más duros que las peñas».

Las dos historias de perros son, para el lector, dos gracias pero tontas. La intención que el autor quiere endosarnos o es excesivamente sibilina y rebuscada, como creo, (¿no se está justificando?) o es una simpleza. El que la «falsa» historia le quite ganancia, «no se le da un ardite». Y con este motivo viene a hacerle la pelota al conde de Lemos y al Cardenal arzobispo de Toledo y, de paso, larga propaganda de sí mismo.

Que le diga el lector a Avellaneda. Pero, ¿cómo le va a decir nada si no existe? (¿si por ventura llegares a conocerle, en estruendosa tomadura de pelo). Tiene el pudor de no citar el nombre del intruso.

1. Que no se tiene por agraviado.

2. Que le cuente las dos historias de perros que ha escrito él.
3. Que le importa poco la amenaza de quitarle ganancia. (¿Qué ganancia podría quitarle si el beneficiario iba a ser el propio D. Miguel?)

Cervantes no quiere que se metan con un Avellaneda inexistente ya que lo que ha dicho lo ha escrito precisamente él. ¿Si realmente hubiera existido el licenciado tordesislesco, iba a haber sido Cervantes tan clemente?

¿No ha sido Cervantes el que ha «hinchado el perro» y no con poco trabajo y astucia?

El libro de Cervantes «aun siendo malo, es más duro que las peñas», pero no volverá a ocurrirsele «soltar la presa de su ingenio» en otra aventura semejante a la que ha urdido. «Bien sabe lo que son tentaciones del demonio en cuanto a componer e imprimir un libro»; ¿«un libro»? ¡ese libro! Debí, ciertamente, vivir angustiado, al menos un tiempo, por haber cedido a semejante tentación.

Y lo remata todo, sospechosamente, con la frase «y no le digas más (el lector a Avellaneda) ni yo quiero decirte más a ti».

No quiere que el lector se ofenda con Avellaneda que es el propio Cervantes.

No quiere mostrar al lector el cuento que ha montado (su caída en la tentación): no le dirá más.

Así, pues, vemos:

1. Se defiende, concretamente, de tres acusaciones que él mismo se ha dirigido astutamente: su vejez, su manquedad, su envidia a Lope, y lo hace brillantemente.
2. Alaba a sus dos protectores.
3. Se hace propaganda: de sí mismo (modestia, honradez, pobreza) y de sus obras (Novelas Ejemplares y las que anuncia: el Persiles y la segunda parte de la Galatea). Y aquí se acaba todo.

En la dedicatoria al conde de Lemos habla del «hámago y la náusea que ha causado otro Don Quijote que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe». No juzga a la novela; lo que hace es

referirse al mal sabor y repugnancia que ha causado, efectos que se pudieron producir no por defectos literarios sino por animadversión a sus personajes comparados con los cervantinos, cosa esperada por D. Miguel.

Las alusiones de Cervantes, —a partir del LIX—, a Avellaneda ya las he referido anteriormente. Se las está dirigiendo a sí mismo: bien para justificarse (autobombo y propaganda), bien para «orientar» hábilmente en determinada errónea dirección, bien para disimular y dar credibilidad a un tal Avellaneda que se ha inventado. Es un montaje perfecto. Habla del otro pero se está refiriendo a sí mismo. Condena al otro pero está simplemente haciendo autocrítica. Perdona al otro pero lo que hace es auto-absolverse. Al final hace morir a Don Quijote para que nadie siga con su historia, —como él había hecho malamente—, en señal de arrepentimiento más que de cerrar caminos (que también) a otros. Al final Don Quijote, D. Alonso y D. Miguel vienen a ser uno solo cuerdo y bueno y Avellaneda ha hecho mutis por el foro con tan escasa relevancia que ha de ser el propio Cide Hamete, —su pluma—, quien salga, acabada la representación, a escena para explicarnos gratuitamente su ausencia. La farsa se da por terminada. Aplausos.

El Quijote de Avellaneda. Algunas diferencias con el cervantino

Ya en el primer capítulo del apócrifo se observan las diferencias con el cervantino: nos aparece un Don Quijote distinto.

Si Avellaneda era Cervantes, yo creo que para la publicación, o escribió en parte de nuevo el texto falso o, al menos, lo cambió un tanto. Las innovaciones aparentes (nombre, sobrina, ama, posterior «sobrinito», etc.) son realmente intrascendentes y de fácil inclusión o corrección para hacer pasar la espuria segunda parte como de diferente autor. Los aspectos fundamentales (personalidad de Don Quijote, Sancho, etc.) son de más difícil enmienda y disimulo y a ellos no les toca, dejándolos tal como fueron escritos. En algo modificó la avellanada y algo, bastante, aprovechó de ella para con una mejor elaboración y más amplia visión, ofrecer-

nos la verdadera Segunda parte; disimulo y mejora habrían sido sus preocupaciones básicas: aquél con el apócrifo y la otra con la definitiva continuación.

- 1.- Es el «señor Martín Quijada, que era su propio nombre» (Av.). Para Cervantes ha sido, —con «alguna diferencia en los autores que deste caso escriben»— Quijada, Qucsada, Quijana (Quijana lo llama el labrador Pedro Alonso). ¿Fue para «desmentir» a Avellaneda lo de Alonso Quijana «el bueno»?; ¿no sería el de Avellaneda «el malo»? Ni Martín ni Quijada y, además, el bueno.
- 2.- «El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero», descendiente de los expulsados moros agarenos de Aragón... «entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo Don Quijote de la Mancha para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera». ¿Es que había contradicción entre historiador moderno e historiador verdadero?

La orden de expulsión se dictó el 19.5.1610. ¿Se compuso el falso Quijote después de esa fecha o la alusión es un oportuno e interesado añadido posterior?

¿Invicto hidalgo? ¡Pero si a la aldea había venido derrotado!
«El sabio Alisolán ... dice que ... y dice desta manera» (Avell.). «Cuenta Cide Hamete Benengeli en la Segunda parte desta historia y tercera salida de Don Quijote...» (Cervantes, comienzo del cap.I). «Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que ...» (comienzo del cap.XV). «Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego ...» (comienzo del XXII). «...en este punto dio fin a la tercera parte el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli (XXVII). Etc.

Cervantes se referirá muchas veces a Cide Hamete. Avellaneda no vuelve a citar a Alisolán. Se acuerda solamente en su cap. XXV: «...decían de esta manera (las coplas), según fielmente las he sa-

cado de la historia de nuestro ingenioso hidalgo, la cual traduzgo...». Esta historia de la tercera salida estaba escrita en arábigo; hasta ahora no nos había dicho nada de su traductor que, por lo que aquí manifiesta, es el propio Avellaneda. Y resulta curioso que lo que viene a traducir aquí son unas poesías (coplas) de las que su gracia reside en el comienzo del primer verso de cada estrofa, que dice Ana, cosa imposible en el original arábigo; así que esto sería una «traducción» muy especial.

Sólo la fama había guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza y que el autor de la historia, Cervantes, no pudo hallar noticia a pesar de su curiosidad y diligencia, en auténticas escrituras. Ahora Avellaneda, más listo o afortunado, se aprovecha del hallazgo que Alisolan hizo entre ciertos anales de historias en arábigo. Aquí no hay ni memorias, ni Cide Hamete, ni alcañá de Toledo, ni pergaminos en caja de plomo, sino «ciertos anales de historias» llegados a manos de Avellaneda no sabemos cómo. Y éste nos trasmite la historia con «y dice desta manera», poniendo fin a la introducción del primer capítulo, introducción que viene a ser como el anuncio del cura cervantino de la lectura del Curioso impertinente: «... la novela comienza desta manera».

Pero lo que Alisolan encontró fue precisamente lo que las memorias de la Mancha habían venido guardando: la salida de la aldea en viaje a Zaragoza que aquí es «ciudad insigne». (Cervantes en su Quijote también apellida a Zaragoza así (2^a, X).

- 3.- Y sigue el relato con una falsedad, con una inexactitud: Dorotea no acompañó, con cura y barbero, a Don Quijote «a su lugar en una jaula»; se quedó en la venta de Palomeque.
- 4.- Y continúa con la sobrina, Madalena. Cervantes no la había nombrado; Avellaneda se inventa el nombre. Cuando Cervantes, al final de la novela, se refiere a ella es Antonia como se llama, Antonia Quijano.

La sobrina Madalena, muere de una «calentura efímera» en el mes de agosto (el mismo de la salida de Don Quijote), y el cura «le dio una harto devota vieja y buena cristiana para que la tuviese en casa, le guisase la comida, le hiciere la cama y acudiese a lo demás del servicio de su persona», con lo cual vemos que el ama cervantina ha desaparecido y desaparecida seguirá definitivamente con Avellaneda. Esta vieja devota será la chivata de cura y barbero.

En cambio aparecerá un «sobrinito» (cap.VII: «... dejando la suya (su casa) y su hacienda, con aquel sobrinito que tiene...») de Don Quijote. ¿Hermano de Madalena?; ¿o era el ahora mal recordado «mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera» que había escrito Cervantes (cap.I) y del que como del galgo nunca más se supo? ¿Fue recurso de Avellaneda para hacernos ver el no total abandono de los negocios del hidalgo?

- 5.- La única vez que Cervantes cita al cura por su nombre (V) es Pero Pérez. Avellaneda lo llama Pedro Pérez en su capítulo I y luego Pero.
- 6.- Para Avellaneda el espacio de tiempo que transcurre desde la vuelta de la segunda salida al inicio de la tercera, es de un año («pasamos nosotros, ahora un año, hartos desafortunados... (I); «andando... en las aventuras y desventuras del año pasado...» (II); «...ha algunos meses que estamos ociosos...» (II); «...ya ve lo mucho que me costaron (los guerramientos de Don Quijote) ese otro año...» (II); «...nos veríamos dentro de un año... mi mujer tan Mari Gutiérrez s'es hoy como ahora un año...»(II); «el cura le contó todo lo que Don Quijote era y lo que con él le había acontecido el año pasado... (III); etc.).

Sin embargo, para Cervantes el tiempo entre la vuelta enjaulado y la tercera salida es sólo de un mes («se estuvieron, —cura y barbero—, casi un mes sin verle». Segunda, I).

Con Avellaneda el inicio de su tercera salida es dos días después «del santo que hoy, a veinte de agosto, celebra la Iglesia, que es

San Bernardo» (cap.I), es decir, el veintidós: «por el fin de agosto del año que Dios sabe» (cap.III). ¿Similitud con el «no quiero acordarme» de Cervantes?

Don Quijote tardó seis meses en recuperar el juicio y liberarse del obligado encierro y de la «muy gruesa y pesada cadena al pie», gracias a la lectura de unos libros piadosos y de «pistos y cosas conservativas y sustanciales» con que lo regalaban.

- 7.- Mientras Don Quijote se va recuperando en la aldea y vuelve a su antiguo juicio se le llama Martín Quijada y sólo a sus espaldas se habla de sus pasadas aventuras.

En cambio para Cervantes en los primeros capítulos de la Segunda parte que corresponden a ese periodo lugareño, —entre fin de la segunda y principio de la tercera salidas—, sigue siendo llamado Don Quijote..

Avellaneda a Don Quijote lo tiene encadenado seis meses en los que «fue reducido a su antiguo juicio» y una vez suelto se incorporará a la vida del lugar (misas, sermones, etc.).

A pesar de que nadie recordaba a Don Quijote sus pasadas andanzas («sin osarle decir ninguno, por consejo del cura, cosa de las que por él habían pasado») es, precisamente, el cura quien cuando ven entrar «por la ealle principal en la plaza» la comitiva de caballeros granadinos con sus criados, pajes y lacayos, rompe la tal prevención: «Por mi santiguada, señor Quijada, que si esta gente viniera por aquí hoy hace seis meses, que a v.m. le pareciera una de las más extrañas y peligrosas aventuras que en sus libros de caballerías había jamás oído ni visto; y que imaginara v.m. que estos caballeros llevarían alguna princesa de alta guisa forzada y que aquellos que ahora se apean cran cuatro descomunales gigantes, señores del castillo de Bramiforán, el encantador». Y es, justamente, el loco, ahora ya cuerdo, quien ha de recordar: «ya todo eso, señor licenciado, es agua pasada, con la cual, como dicen, no puede moler el molino».

- 8.- Contradicción de Avellaneda: Sabe que Ginés de Pasamonte robó el rucio a Sancho («me costó la burla de la caballería más de veintiséis reales»), luego también debería saber que después lo halló, recuperándolo.
- 9.- El cura cuando recibe a los caballeros de Granada que van para Zaragoza (I), dice «...que tanta nobleza haya venido a dar cabo en un lugar tan pequeño como este...en el no hay mesón ni posada capaz de tanta gente y caballos...». «...un lugar de gente tan política (civilizada) aunque pequeño...». Esta alusión a la pequeñez del lugar, no la hace nunca Cervantes.
- 10.- Dice Sancho no saber leer («...se le tengo de hurtar (el libro), dijo Sancho, y traerle acá el domingo para que leamos; que aunque no sé leer...»). Y sin embargo luego (II, IV y VI) Avellaneda dice otra cosa: «¿Qué te parece, Sancho?, ¿has leído santo que más aficionado fuese...» (I); «dijo Sancho, bien sabes o has leído...» (Don Quijote al escudero); «otras cosas extrañas semejantes a ésta que allí se cuentan por muy extenso, donde las podrás tú leer».
- 11.- Con Avellaneda Don Quijote trata al cura de licenciado, cosa que no hace el de Cervantes.
- 12.- «En esto tocaron a visperas; y él, tomando su capa y rosario, se fue a oírlos con el **alcalde** que vivía junto a su casa. Las euales acabadas, se fueron los **alcaldes**, el cura, Don Quijote y toda la demás gente de cuenta del lugar a la plaza...». (¿Estaría la iglesia fuera de la plaza?: no salieron a la plaza sino que se fueron a ella, donde «puestos en corrillo, comenzaron a tratar de lo que más les agradaba»). Y estando en ella vieron venir a D. Álvaro Tarfe con otros caballeros y sus criados. «Uno de los **alcaldes**, que sabía más de segar y de uncir las mulas y bueyes de su labranza que...»; «nos cuesta al Concejo...». «Que los **dos señores alcaldes** se lleven a sus casas a estos dos señores...»; «una hora antes que amaneciese llegaron a la puerta de Don Quijote el cura y los **alcaldes**

a llamar...»; «entretanto los alcaldes y el cura volvieron a dar de almorzar a sus huéspedes...».

La Justicia y Regimiento del Concejo eran la autoridad de la villa. La Justicia intervenía en primera instancia en resolución de pleitos y litigios de pequeña cuantía. El Regimiento o gobierno de la villa correspondía a los regidores (dos alcaldes y oficios en cuantía variable pero fijo («número») para cada concejo). Sin duda cuando Avellaneda habla de los alcaldes se refiere a los regidores. Los alcaldes, como tales, eran dos (uno de hijodalgo y otro de pecheros) elegidos («escogencia») por el Prior entre los propuestos (tres por cada estado); los regidores eran fijos con su cargo obtenido en origen tras prestar un «servicio» a S. M. (un precio) y hereditario, aunque también podía ser transferido el «oficio» en transacción mercantil (venta, etc.). Avellaneda no distingue entre alcaldes y regidores. En su dedicatoria habla sólo de alcalde, regidores e hijodalgo; luego en el texto de la novela lo hace de alcalde e incluso de dos alcaldes por encargarse de dos caballeros. El reinirse «en corrillo» en la plaza indica la familiaridad ordinaria de la convivencia entre los notables del pueblo («la gente de cuenta»).

Si el alcalde al que Avellaneda dedica su libro fuese el que nos describe en la recepción a los caballeros granadinos (más entendido en segar y uncir los animales de labranza e ignorante total: «No se les dé nada a sus mercedes, que aquí les haremos merced de aljarles esta noche; que setecientas veces al año tenemos capitánias de otros mayores fanfarrones que ellos (vuestras mercedes) y no son tan agradecidos y bien hablados como vs. ms. son. Y a fe que nos eucsta al Concejo más de noventa maravedis por año» (menos de tres reales, cantidad ridícula), si el alcalde fuese ese, digo, la dedicatoria a él resultaría un despropósito lamentable. ¿Es sólo burla?, ¿es la consideración en que tenía Avellaneda el regimiento del Concejo, a cuyo «alcalde» dedicará su obra? La dedicatoria, —texto y portada—, «serita lógicamente después de la novela, debe ser tónica, por su importante relevancia y su posterior asignación como incidente: el alcalde.

¿No deberá creerse tanto en dos autores distintos (Avellaneda y Cervantes) como en dos estados de ánimo diferentes de un mismo y único autor?

Tal vez Cervantes pasara por una, digamos, crisis espiritual que haciéndolo más apegado a las formas ortodoxas imperantes después de Trento lo inclinara a una contemplación más beatita y devota, como se muestra en la religiosidad manifiesta del texto espurio (aunque junto a ella también aparece una mayor acritud, maltrato a sus personajes, —muñecos antipáticos—, comicidad bufá y falta de grandeza). Y quizá su verdadera Segunda parte tuviera que ver en buena medida con la vuelta a su concepción espiritual y religiosa primera, que aunque también ortodoxa, no era tan sensiblera, sumisa y acritica. Y hasta fuera posible que aquella aquiescencia entregada, aquella aceptación dogmática, resultaran determinantes para que D. Miguel encerrara en su arcón la obra que había escrito, además de la desfavorable valoración literaria que de la misma hiciera. Puede que en esa crisis espiritual, en esa etapa en que se reeluyera en la religiosidad tónica oficial y circundante, tuviera mucho que ver los avatares familiares, económicos y de todo tipo por los que Cervantes atravesara en aquellos momentos. Es lo cierto que entre el Quijote de Avellaneda y la Segunda parte del de Cervantes se aprecia una más que notable diferencia: como un mayor sometimiento y una más devota aceptación de la rutina religiosa de la época en la falsa continuación y un posicionamiento más crítico, menos servil, en la verdadera, sin caer no obstante ni en heterodoxia ni en raras originalidades.⁽¹⁷⁾

¹⁷ La quinta parte del Quijote (la avellaneda cervantina) nos presenta de entrada un Don Quijote «curado» (Martín Quijada) y beato (los libros que lee, el rosario, las Oras de Nuestra Señora, los sermones), un beato que viene a caer luego, de nuevo, en la locura. Y eso no: Don Quijote así era un crato.

Cervantes (ya no como Avellaneda) entendiéndose ser eso aberrante y hasta, tal vez, ofensivo. Don Quijote debe marchar por otro camino, el suyo original, el de su primera parte, el de una libertad más lamiada y en buena parte independiente, más crítico, menos atado; y a la par Sancho (bufón mentecato) tapará sus payasadas e ignorancias con una sabiduría práctica y natural relevante y decisiva. No: la avellaneda condicionaba y destruía la auténtica personalidad de Don Quijote; Cervantes lo vio, se percató de ello y escondió quinta, sexta y séptima partes, escribiendo su verdadera y definitiva Segunda Parte con otro

Y lo mismo se diga del orden social imperante, fijo, frente a lo que el Don Quijote avellanese sólo viene a ser un personaje loco, un cuerpo extraño, un ridículo individuo que cruza la escena. El de Cervantes no es eso: el verdadero Don Quijote posee tal entidad que se las tiene tiesas con personas y circunstancias; crítica, sugiere soluciones y, —aun objeto de la burla—, nos hace pensar más que reír; el Don Quijote cervantino es un maestro, un filósofo, un crítico; el de Avellaneda es un monigote, un payaso, un orate. Cervantes, sin duda, se percató del poco fuste del protagonista que caminaría a Zaragoza; lo vio así y no le gustó; primero porque no le había salido bien y segundo porque se consideraba capaz de una mejor creación: el personaje lo exigía y él podía con la empresa.

Son muchas las diferencias textuales entre Avellaneda y Cervantes; pero asimismo son muchas las similitudes y coincidencias. Es explicación facilona excusarse con el argumento de que Avellaneda se basa, copia, tiene delante, la obra cervantina. Y, efectivamente, esa sería la justificación más lógica y sencilla. Pero, ¿y si fuera al revés? No Avellaneda utilizando los datos de Cervantes, —que también, naturalmente— sino Cervantes basándose en los que Avellaneda escribe. Todo dentro de una inspiración originaria única: Avellaneda utilizó la Primera parte cervantina en su continuación apócrifa y Cervantes tomó de Avellaneda sucesos, parecidos, circunstancias, que reelaboraría más posegadamente y a los que revestiría de mayor trascendencia, seriedad, profundidad y ropaje literario. Sin descartar que el trabajo fuera doble, se orientara en las dos direcciones: mejorando la verdadera Segunda parte por un lado y modificando un tanto, en el disimulo perseguido, lo ya antes escrito. Bien es verdad que esto último debió suponer ciertamente un trabajo pero siempre resultaría más ligero que escribirlo de nuevo y hasta quizá más entretenido, divertido y apasionante dada la intención con que se hacía; y que

enfque, más acorde con la ya conocida personalidad de hidalgo (ya caballero) y escudero que han evolucionado dentro de un marco más real, sin dudar más humano y moderno.

El enfrentamiento de libros de Santos y libros de caballerías, era demasiado atrevimiento: no era un loco idiota lo que Cervantes quería (que es lo que le había salido) sino un agudo entendimiento moviéndose en un mundo prosaico y el género de libros de caballerías era sólo su trampolín, su tribuna.

si así se hizo, dado el propósito perseguido, llevaría menos tiempo, esfuerzo y correcciones que la gestación de una obra nueva. Y a su vez esta obra nueva, la definitiva, ya jugaba con la ventaja de hacerse sobre el anterior esquema que se mejoraba; contaba con la mayor experiencia del autor, con una visión del tema más meditada, con un propósito más trascendente que la simple comicidad, con el aprovechamiento de críticas y comentarios producidos, con una situación personal, familiar y ambiental más tranquila y satisfecha, con unas relaciones en el mundillo literario más pacificadas y de menor o nula agresividad, con mayor madurez intelectual y mejores apoyos extraliterarios.

Su obra «mala» escrita muy próxima a la finalización de la cuarta parte y por Cervantes tenida en menos, quizá a causa de las circunstancias poco favorables en que la escribió y de lo que era muy consciente; el hecho de traer entre manos otros empeños literarios del momento; su visión de las mayores posibilidades que su Quijote tenía y el convencimiento propio de su capacidad para aflorarlos. Todo ello quizá lo llevó a meter en un cajón lo escrito y a mantenerlo allí guardado. Y cuando ya, —manos a la obra—, llevaba adelantada la que sería su oficial nominada continuación vino a pensar en el posible aprovechamiento de la anteriormente escrita, lo que aparte de un beneficio económico le producía una íntima satisfacción consciente de su no despreciable valor literario y una ocasión de ejercitar su ingenio con el juego, —un tanto arriesgado ciertamente—, de colar, más broma que engaño, como incorporados a la farsa, un autor, una obra y unos personajes, en esealón secundario que nada quitaban a la gran obra, antes al contrario aumentaban su grandeza al meter en la novela una comedia. Si así fue, es para quitarse el sombrero. Un solo autor con dos nombres; unos protagonistas vistos desde atalayas diferentes, una mucho más alta que la otra; dos estados de ánimo del mismo escritor distintos; una puesta en escena, una presentación, magistral.

Si admitiéramos un Avellaneda no Cervantes, habríamos de considerar:

1.- Mal cálculo al enfrentarse él a Cervantes y su Don Quijote al original.

- 2.- ¿Qué afrenta vengaba? Debíó, al parecer, ser grande: tardó años en contraatacar; empleó doscientos noventa y un folios impresos; si lo que quería era insultarlo, como hace en el prólogo, podía haber escrito algún soneto u obra menos extensa; debía tener otras intenciones. Con el secreto (seudónimo, no concreción de los agravios recibidos, etc.) parecería una cuestión privada entre ellos y sólo por ellos dos entendida: excesivo y laborioso empeño el de Avellaneda que iba a resultar ajeno al lector, ignorante de la cuestión concreta particular entre los dos escritores. Son pocas y dudosas las alusiones. Parecería que Cervantes había de leer el Quijote apócrifo y que debía captar las crípticas alusiones a él referidas. Como si de una correspondencia epistolar se tratara. Mucha envoltura para tan magro y problemático contenido; contenido que, por otro lado, sólo podría captar en sus justos valor e intención Cervantes.
- 3.- Está escrito deprisa, sin revisiones, con poco esfuerzo, con múltiples repeticiones de palabras, con faltas de concordancia; parece autor descuidado, más preocupado de terminar la obra que de perfeccionarla; la impresión del libro fue rápida y poco cuidada; la licencia sólo para el Arzobispado de Tarragona. Editor pirata, lo llama Jean Canavaggio: «La aprobación y el permiso de impresión con que se adorna son falsos por la simple razón de que sus dos firmantes no tenían calidad para autorizar esa edición. Falsa también la mención de Felipe Robert, impresor que había cerrado su negocio hacía un año; falso, por lo mismo, el lugar de publicación, pues todo parece indicar que Avellaneda hizo imprimir su libro en Barcelona». Parece como una broma de estudiante hasta en la dedicatoria. (Cervantes. Jean Canavaggio. Espasa, Colección Austral, 2003).

«Cervantes, —en el prólogo—, se preocupa poco de Avellaneda, al que no reprochará expresamente más que una cosa: sus insultos personales». Luego en el texto de la novela (Segunda parte) es donde Cervantes

indirecta pero genialmente alude al intruso y lo hace siempre por boca de sus personajes, entre los cuales ha incorporado al avellaneco D. Álvaro Tarfe.

¿Por qué Cervantes dice cuando tiene en sus manos el libro de Avellaneda (Don Quijote) que «yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia» (llamar a la mujer de Sancho Mari Gutiérrez)?

- 1.- «Yerra». No, puesto que el mismo Cervantes la había llamado así, Mari Gutiérrez (y Juana Gutiérrez, Juana Panza y, ya después en la Segunda parte, Teresa).
- 2.- «Se desvía de la verdad». ¿Es que se le pasó a Cervantes al corregir para la puesta en circulación del libro?
- 3.- «Lo más principal de la historia», y «quien en esta parte tan principal yerra...»: ¿Parte principal?, ¿no se lo estará tomando a broma?, ¿es esto indicio de la poca y pobre consideración en que tenía la avellanada?
- 4.- Y si en esto «yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás (partes) de la historia»: En su burla Cervantes nos está confesando el «aprecio» que su propia obra le mereció.¹⁹

¹⁹ Cuando en su Segunda Parte aparece «oficialmente» el falso Quijote, titula el capítulo (LIX) refiriéndose a ello como «extraordinario suceso que se puede tener por aventura» (claramente no era pequeña, —y real—, la aventura en que Cervantes se ha metido, ni ordinario el suceso) y en el ya Don Quijote llama a la venta venta y no suastillo como hasta ahora tenía por su llamarlas. En ese capítulo Cervantes, por boca de sus personajes, degrada a Avellaneda por falsario: D. Jerónimo: «¿Para que quiere vnt, señor D. Juan, que leamos estos disparates? Y «el que hubiere leído la primera parte de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda».

Don Quijote: «está muy lejos de la verdad»

El caballero tras abrazar a Don Quijote: «a despecho y pesar del que he querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas como lo he hecho el otro deste libro que aquí os entrego». Sancho denuncia el doble: deben ser otros de los que habla.

Don Quijote: «...no pondré los pies en Zaragoza y así sacare a la plaza del mundo la memoria d'ese historiador moderno...» (la modernidad de Avellaneda se debe a ser posterior su historia a la del autor de la Primera Parte).

Don Quijote se enamora a Barcelona: «tal era el deseo que tenía de sacar mantirón a aquel nuevo historiador que tanto decían que le «vstuparab» (LX) Y después, ya en Barcelona, se afirma ser el Quijote cervantino «no el falso, no el ficticio, sino el verdadero, el legal, el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli...»

Don Quijote nos indica (Segunda, LX) que el «mentiroso aquel nuevo historiador tanto decían que le vituperaba».

¿Dónde se ha enterado de lo mucho («tanto») que decían?, ¿quiénes eran esos que lo decían?; ¿y en qué y cómo lo vituperaban (vituperio = baldón u oprobio; afrenta, deshonra), si sólo sabe, de él, su desamor a Dulcinea y el erróneo (que no era tal) nombre de la mujer de Sancho? Y las otras dos menos importantes: «la primera es algunas palabras que he leído en el prólogo» (a las que, como se ve, no va a dar importancia, comparadas con el error de llamar a Teresa Panza, Mari Gutiérrez) y su «lenguaje aragonés», dado que «escribe sin artículos».

«Y aunque D. Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos». «...no pondré los pies en Zaragoza y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice». Es el mayor ataque que hace contra Avellaneda:

- 1.- Todo el libro necio. Pero, ¿cómo podía afirmar tal cosa sin haberlo leído?
- 2.- Orgullo y cuidado de que no llegara el intruso a saber que lo había tenido en sus manos y mucho menos que lo había leído.
- 3.- Decisión de apartar del libro sus pensamientos y, aún más, los ojos; pues el tal libro es «cosa obscena y torpe». ¿Y cómo sabía que era impúdico sin leerlo?

Tales afirmaciones, —si las hemos de tomar como de un Cervantes ajeno a la obra—, habremos de considerarlas como tomadas muy a la ligera, como soberbias y engreídas y como condenatorias de algo inmoral.

- a. En cuanto a la ligereza, su evidencia es clara («comenzó a hojearle y de allí a un poco se lo volvió diciendo: en esto poco que he visto...»). O Don Quijote era un extraordinario hojeador de libros

o una suerte especial le acompañó o, lo que parecería lo más lógico, no fue tan corto su hojear; cuando oye citar a D. Álvaro Tarfe (LXXII), le dice a Sancho: «Mira, Sancho, que cuando yo hojé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasado topé allí este nombre...»)

- b. En cuanto a su altivez, viene a denotar su creida indudable superioridad sobre el tordessillesco.¹⁹
- c. En cuanto a lo apestado del libro, declara su asepsia profiláctica ante semejante ejemplar. No obstante haber dicho D. Juan que «no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena» (LIX).

Sin embargo, está claro que en los capítulos que siguen y hasta el final de su Segunda parte (Avellaneda y su obra vienen a aparecer en la Segunda parte cervantina, —cap. LIX; tiene LXXIII. Pg. 1111; tiene 1223 en la edición que leo—: tras 486 páginas leídas de la novela y a falta de sólo 112), Cervantes muestra haber leído y conocer bien el libro espurio al que a menudo se refiere y del que sacará personajes y noticias (D. Álvaro Tarfe, la caperuza, etc.). A Avellaneda lo tildará de aragonés, de ignorante, de mentiroso y de tergiversador de los protagonistas. (Ya por boca de D. Jerónimo que cataloga al libro de Avellaneda como «disparates», Cervantes nos dice: «el que hubiere leído la Primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda (la del de Tordessillas)»). Pero todo ello, lo dice D. Miguel con sosiego, modosamente, sin arrebatos ni iracundias.

Y es que en muy buena medida la segunda parte apócrifa parece el guión de la Segunda cervantina. Vienen a resultar como dos perspectivas diferentes de un mismo proyecto original: la primera realización fallida y la otra conseguida. Para ello ha habido que cambiar nombres, ciudades, itinerarios, discursos, prebostes (Archipámpanos-Duques), etc. etc. y el final definitivo (después de un asomo del Don Quijote de los Trabajos

¹⁹ «Alarde justificativo y, a la par, despiadado»

similar al Don Quijote Pastor) que cerró la serie, bien por la presumida cercana muerte del autor o, como más probable, por un glorioso remate.

Avellaneda escribe su Quijote imitando al cervantino de la Primera parte e incluso repitiendo refranes y expresiones; es curioso que a veces no recuerde bien datos, como si escribiera de memoria, sin consultar el original, lo cual resulta sospechoso en un plagiarlo; al menos mucho más que si quien ahora escribe es el dueño y autor de lo que continúa pretendiendo hacemos creer que es otro. Y hasta aquí parece lo lógico que el continuador siga la imitación del modelo; lo que ya no lo parece tanto es que Cervantes en su Segunda siga, más o menos, los pasos de Avellaneda aunque en un propósito de mejorar literaria y conceptualmente la obra espuria cambie personajes y aventuras. Efectivamente observamos que la obra de Avellaneda, anterior a la Segunda parte de Cervantes, es una aceptable novela, no carente de méritos, burlona y quizá un tanto zafia en su comicidad pero que de no haberse visto enfrentada a la verdadera de D. Miguel habría ganado muchos puntos en su consideración y aprecio. En cuanto a originalidad e inventiva de sucesos, allá se van las dos, aunque la cervantina gane en profundidad, humanidad y cuidada exposición, aparte de ir avalada por el nombre del «autor de su Primera parte» como bien se cuida Cervantes de notificar en la portada. En cuanto a la trama, hechos acontecidos, la aventura de sus andanzas, las dos vienen a tener, más o menos, la misma base y es en el detalle, la contemplación más sosegada, la intención más humana y trascendente, en donde la superioridad cervantina resulta más evidentemente manifiesta. Parecería que Avellaneda se había basado en Cervantes y luego Cervantes en Avellaneda. Los años de separación entre la elaboración de las distintas composiciones, los diferentes estados de ánimo al escribirlas, las presumibles diversas visiones de las posibilidades que los personajes ofrecían, la consideración de una achacosas salud preludio de una muerte cercana, las probables correcciones a que hubo que someter la espuria para el mejor disimulo, en el propósito de colocarla en el mercado literario, —más como travesura genial que como negocio económico—, etc, habrían de ser datos a tener en consideración para la aceptación de la

teoría de ser Cervantes y Avellaneda la misma persona. Aventurada teoría, ciertamente, pero tan fundamentada, por el pobre rigor demostrativo, como cualquiera de las otras que se han ofrecido.

Que Don Quijote al visitar la imprenta barcelonesa (LXII) vea estar corrigiendo la obra de Avellaneda (que no se reimprimiría hasta 1732), tal vez pueda ser interpretado como un subconsciente deseo del éxito editorial de su propia obra apócrifa, aunque guardando las formas del disimulo, la condene: «ya le llegará a su San Martín».

La mediocridad de la avellanada gana a nuestros ojos por resultar el contrapunto, el término de comparación con la gran novela cervantina, en la cual D. Miguel tuvo la elegancia (¿astucia?) de incorporarla y con ello hacerla notar para la posteridad lo que a lo mejor no era ajeno al propósito de Cervantes, lo que tal vez lo complacía e intimamente, desde el secreto, lo regodease.

Mateo Alemán líquida cruelmente, vengativamente, a Juan Martí que lo plagió bajo el seudónimo de Mateo Luján, incorporándolo a su Guzmán de Alfarache como pordiosero, ladrón, loco y suicida. Cervantes obra con su imitador (¿por qué, por qué?) con un medido desprecio muy posiblemente simulado, con lo que él queda en muy buen papel y además logra perpetuar junto a sí a su alter ego, Avellaneda, inmortalizándolo en cierto modo.

Avellaneda en la dedicatoria de su libro a los regidores e hidalgos del Argemesilla habla de su temor a ponerlo en la plaza del vulgo. Cervantes, en cambio, al conocer la obra del intruso, LIX, dice: «No pondré los pies en Zaragoza, y, así, sacaré a la plaza del mundo la mentira desse historiador moderno». Y en el prólogo al lector (amantísimo) de sus Novelas Ejemplares nos dice que «se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo a los ojos de las gentes» y «mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos...».

¿Mayor respeto de Cervantes a sus lectores que el que ofrece Avellaneda con su peyorativo «vulgo» remarcando su semejanza con un toro indómito armado de cuernos?

Martin de Riquer y otros, nos hacen parar mientes en aspectos que no pasan, ciertamente, desapercibidos: en ambas segundas partes aparecen más episodios ciudadanos, gentes importantes que alojan en sus casas a Don Quijote y Sancho para reír locuras y simplicidades de los dos, carta de Sancho a su mujer, interrupción de una representación teatral, secretario hablando dentro de un gigante como la cabeza parlante, el estudiante poeta como el hijo del Caballero del Verde Gabán, etc. ¿Casualidad?, se pregunta Martín de Riquer. Alguna repetición textual; la caperuza de Sancho (Avellaneda) que Cervantes nos muestra en su cap. LXIX; taza en la mano sin que se derrame una gota (Av. IX; Cervantes, Seg. II); «cómeme, cómeme» (Av. IV; Cervantes, II), etc.

Se nos dice que uno o los dos conocieron la obra del otro antes o después. Pero, ¿y si el caso era más sencillo, si los dos eran el mismo?

Las razones filológicas, aragonesismos, no son muy decidentes. Parece que se insiste, en exceso, intentando que Jerónimo de Pasamonte sea el Ginés de Pasamonte cervantino, y ello suponga un «sinónimo voluntario» y así se comparan su «Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte» y el Quijote apócrifo, sin sacarse de ello, no obstante, una demostración palmaria. ¿Para tomarse la revancha tuvo Pasamonte escrita su obra ocho o nueve años hasta que se ofreció a Lope para que la prologara?, ¿tardó ese tiempo en escribirla?

La ocultación del autor bajo un seudónimo, no hay duda de que resultaba una posibilidad más factible, un intento más seguro (y desde luego una interesada maniobra o una broma más audaz) si quien se decidía por ella era Cervantes que si fuera cualquier otro. Las posibilidades de ser descubiertos eran mucho menores que si de otro se tratara, máxime si este segundo precisaba de la colaboración cómplice, y aun el patrocinio amparador de un Lope de Vega o personaje similar. Cervantes puesto a guardar el interesado secreto resultaba mucho más idóneo y su eficacia mucho más segura que si de cualquier distinto escritor se tratara. Don Miguel estaba radicalmente implicado en la cuestión; cualquier otro seguramente habría dejado escapar algún indicio, alguna presumida com-

placencia, alguna indiscreción reveladora propia o de algún colaborador. La firme, total y lograda ocultación se hace difícil de admitir por parte de algún diferente escritor: si conocido, por sus relaciones literarias con alguno o algunos; si desconocido, por la vanagloria de su autoría: continuar nada menos que el Quijote no era pequeña empresa y como atrevimiento un gran mérito, sin duda, no al alcance de cualquiera.

¿Por qué Cervantes dice de su capítulo VI, Segunda, ser «uno de los importantes de toda la historia»? En ninguna de las titulaciones de capítulos hace Cervantes referencia expresa a su «importancia»; ¿por qué en este sí? Leído el capítulo no apreciamos en él trascendencia especial: es uno más de los discursos, —aquí sobre caballeros y linajes—, interesantes, sin duda, pero sin relevancia determinante como para hacernos parar en él por su importancia. ¿No lo titularía así para contraponerlo a la avellaneca malhadada desaparición de ama y sobrina? En la avellanada son, efectivamente, desechadas abruptamente: evapora al ama y hace morir a la sobrina (I) precisamente, esto, en fecha próxima a su salida para Zaragoza, ambos acontecimientos en agosto. Luego se inventará, sin más detalle, un sobrinito (VII) para que no se piense en el abandono total de la casa y hacienda.

Don Quijote, con Avellaneda, no vuelve no ya a su lugar, ni a la Mancha siquiera, lo que posiblemente era otro defecto que convenía corregir.

Dos de los múltiples garrafales fallos de la avellanada enmendados luego brillantemente por Cervantes.

Las diferencias literarias entre Avellaneda y Cervantes son en muchas ocasiones evidentes. Pero, ¿es ello decidente para considerarlos distintos? Efectivamente el estilo de Cervantes es más concreto y directo, con gran economía de palabras retrata admirablemente una situación o un personaje; Avellaneda es más retorcido, más precisado de una exposición a veces farragosa y desde luego más inclinado a la burla y exageración peyorativas definitorias, más pedante y rebuscado.

Podría ser que Avellaneda (Cervantes) escribiera así a propósito, como en un intento ensayístico de variar de estilo y, desde luego, con más

despreocupación por el retoque y la búsqueda de perfección. La calidad literaria, sin ser mala, está muy por debajo de la de Cervantes y la visión de los protagonistas, Don Quijote y Sancho, deja, enfrentados a los cervantinos, mucho que desear. Tal vez Cervantes escribiera la avellanada con intención estilística creadora, o al menos de diferente factura de la en el corriente. Y tanto en ello como en la concepción y descripción de los protagonistas se sintió, al fin, defraudado. Es curioso que Avellaneda con personajes secundarios (D. Álvaro Tarfe, etc.) acierta plenamente. Si Cervantes era el autor de lo que luego figuraría como de Avellaneda, debió notar su fracaso una vez escrito.

Decidido (si es que fue así) a colar de matute la obra, la modificaría un tanto e incluso la reelaboraría en buena parte: el Argamesilla es detallado y aludido con numerosas referencias lugareñas, cosa que falta en Cervantes, el cual pasa tan superficialmente sobre la aldea que ni llegamos a suponerla siquiera como entidad poblacional: viene a ser una banalidad toponímica limitada a lo más impreseindible y anodino.

El tema, en sí, se mantenía: desacreditar los libros de caballerías, y en él seguían unos protagonistas con sus locuras y simplezas; todo ello adornado de citas eruditas y de una aventura ridícula. Pero a Cervantes debió resultarle intrascendente, ocasión desaprovechada y empresa fallida. Y reemplazó una continuación más acorde con su primer estilo, con un enfoque más profundo, menos grotesco, de sus personajes y una intención más aguda y trascendente: y así nació su más digna verdadera segunda parte.

Algunos capítulos de la obra apócrifa precisaron ligeras modificaciones, tal vez, para su lanzamiento editorial; en otros, introduciría prolijidades despistadoras y hasta quizá algún capítulo fue escrito de nuevo. Si su propósito era su ocultación como autor, tenía que introducir detalles y elementos despistadores que, sin variar sustancialmente lo que había escrito anteriormente y conservaba guardado, desorientaran suficientemente.⁽²⁰⁾

²⁰ Los apócrifos no le resultan cosa rara a Cervantes en su Segunda Parte: «Llegando a escribir el traductor de esta historia este quinto capítulo dice que le tiene por apócrifo... a(V)», «... hace que se tenga

«Nunca segundas partes fueron buenas»; «de las cosas de Don Quijote bastan las escritas»; «vengan más quirotadas, embista Don Quijote y hable Sancho Panza». Son las opiniones que Sansón Carrasco traslada a Don Quijote (Segunda, IV) cuando ya, precisamente, Cervantes la está escribiendo. ¿Habían sido las de Cervantes? Son las posibilidades: a), dejar el Quijote tal cual en la parte publicada figuraba; b), una segunda parte, no buena; c), escribir otra a base de quirotadas, embestidas y gracias; d), la obra definitiva en que ya andaba. Las tres primeras deberíamos considerarlas en el orden inverso en que se han citado, esto es c, b y a: escribió la avellanada, no le pareció buena, se decidió a dejar la historia y la guardó en su escritorio y allí la tuvo 8 ó 9 años. Sin embargo al final de su primera parte había brindado la continuación, continuación problemática (no enueentra en las memorias de la Mancha, los pergaminos de la caja de plomo resultan inútiles, y que sea otra pluma la que tal vez lo intente). ¿Se consideró obligado a continuarla? Lo hizo y repitiendo a su final el mismo ofrecimiento: otro plectro.

Según Sansón Carrasco «la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darle se le sigue que de otra alabanza alguna». ¿Cuál era ese interés, hacer algo mejor que lo que ya tenía escrito sin haberlo dado a la estampa que tal vez consideraba sólo quirotadas, embestidas y sandeces de Sancho? «¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte... las obras que se hacen aprisa nunca se acaban con la perfección que requieren... atiende a mirar lo que hace... yo y mi señor le daremos tanto... que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento», le contesta Sancho. ¿Sólo había mirado Cervantes con su mala segunda parte al dinero e interés, la había escrito aprisa e imperfecta, debía mirar a hacer otra cosa mejor? Había materia para intentarlo y conseguirlo.

esta aventura por apócrifa» (la de la Cueva de Montesinos, XXIII) ¿Es que pertenecieron al avellanado y luego, convenientemente retocados, los trasladó... por creerlos muy aprovechables... a su Segunda Parte, haciéndolos desaparecer de la obra traidoramente?

IV

¿Por qué título este trabajo «La página desafortunada del Quijote»?

Por su embrollo y por las consecuencias que trajo.

- 1.- Por ser un pegote. Por su elaboración confusa, contradictoria y absurda.
- 2.- Por el abandono que Cervantes hace de su fuente fiable de información (Cide Hamete en sus cartapacios de la alcañá toledana como historiador y por tanto fiable) pasándose a unas memorias que no fueron verdaderas y a unos pergaminos («dos que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor de esta nueva historia»: ya cuenta con la «nueva historia» y con la fuente documental precisa) hallados en caja de plomo que como documentos de nada sirvieron (salvo uno en que se insultaba a los protagonistas de la novela) y de los que nada vuelve a saberse.
- 3.- Por dar pie a la absurda discordia entre las dos Argamasillas.
- 4.- Por ser el origen de una continuación que no prosperaría felizmente y cuyo autor, aun hoy, permanece en el misterio sumergiéndonos esto en un mar de dudas, mar en el que hago remar a dos hipotéticas barquichuelas:
 - a. ¿Fue Lope de Vega quien recurrió al truco de inventarse un Avellaneda?
 - b. ¿Fue el propio Cervantes quien en maquiavélica maniobra urdió la treta? Si fuera esto cierto nos llenaríamos de admiración, estupor y carcajadas.

Hay otras posibilidades sobre Avellaneda que andan por ahí,⁽²¹⁾ a las

²¹ En un reciente libro-novela se apunta la teoría de que Cervantes fuera maricón y que Avellaneda fuese un compañero de casuiverio, conocedor de los «méritos» de D. Miguel, sus andanzas en Argel y las tolerancias que obtuvo por su condición. Cervantes sabría quién era el tal Avellaneda y ante el temor de que su «pocado nefando» se supiera y airase, se limitaría prudentemente al silencio, no denunciando el nombre del apócrifo, Cervantes se sentiría cogido por Avellaneda (en la novela a que aludo se asocian Pasamonte y Juan Blanco de Paz patrocinados por Francisco de Robles para estimu-

que la lectura de los dos Quijotes se presta y que ahorro al lector. El tal de Tordesillas ha quemado muchas pestañas y hecho gastar mucho fósforo cerebral de gran número de investigadores empeñados en encontrar lo que tal vez fuera un magistral invento.

lar a Cervantes a escribir su Segunda Parte) y de ahí su proceder cauteloso: («Ladrones de tintas». Alfonso Mateo-Sagasta. Ediciones B). Alfonso Martín Jiménez ha publicado un Curioso libro («El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte, una imitación recíproca». Biblioteca de Estudios Cervantinos. Alcalá de Henares. 2001) en el que se defiende que Avellaneda fue Jerónimo de Pasamonte, que Cervantes corrigió lo que Pasamonte había escrito sobre su Vida y Trabajos y que lo insultó en la Primera Parte; que Pasamonte se defendió escribiendo el apócrifo: que contra ello se levantó D. Miguel en su Segunda Parte. Las alusiones son mutuas y vienen envueltas en un conjunto de referencias críticas que el uno lanza con ánimo de defenderse y el otro con el propósito, no logrado, de evitar la publicación de la obra apócrifa. Cervantes imita al imitador, mejorándolo y mostrándonos su superioridad, en una novela en clave y que A. M. J. nos va descubriendo en su intención: sucesos, nombres, palabras sueltas, invocativas, resultados, son para él claras, indubtables, evidentes corroboraciones de su original tesis; el Quijote es un arcano, un jeroglífico que desentrañar, un alegato contra algo y alguien que hay que adivinar; y D. Miguel un notable literato quizá no tan ingenuo como se cree en una primera inspiración y posterior sutil vindicta que ahora se nos pone de manifiesto.